

DEL ÑAME ESPINO AL CALABAZO

Objetos que despiertan
memorias



DEL ÑAME ESPINO AL CALABAZO

Objetos que despiertan
memorias

*En homenaje a las 12 personas asesinadas
en la vereda Las Brisas, para que su
memoria perdure por siempre en el
corazón de un país que anhela vivir en
paz:*

*Joaquín Fernando Posso Ortega
José Joaquín Posso García
Alfredo Luis Posso García
José del Rosario Mercado García
Gabriel Antonio Mercado García
Rafael Enrique Mercado García
Wilfrido Mercado Tapia
Manuel Guillermo Yepes Mercado
Dalmiro Rafael Barrios Lobelo
Jorge Eliécer Tovar Pérez
Alexis José Rojas Cantillo
Pedro Adolfo Castellano Cuten*

*Y a María José Pérez Carrillo, de la
comunidad de Tabaco, quien nos enseñó
el valor del territorio como aquella fuente
de la cual emerge la vida.*

DEL ÑAME ESPINO AL CALABAZO
Objetos que despiertan memorias

Gonzalo Sánchez Gómez
**Dirección General del Centro Nacional de
Memoria Histórica**

Edwin Cubillos Rodríguez
**Coordinación de prácticas artísticas y
culturales**

Kalia María Ronderos Jiménez
**Coordinación proyecto Impreso en la
Memoria**

Liliana Moreno Martínez
Creadora literaria y compiladora

CONSEJO DIRECTIVO
**CENTRO NACIONAL DE MEMORIA
HISTÓRICA**

Presidenta

Tatyana Orozco de la Cruz
**Directora del Departamento para la
Prosperidad Social**

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

Gina Parody d'Echeona
Ministra de Educación

Yesid Reyes Alvarado
Ministro de Justicia y del Derecho

Paula Gaviria Betancur
**Directora de la Unidad para la Atención y
Reparación Integral de las Víctimas**

Kelly Julieth Leal Castillo
Leonardo Favio Benítez Montes
Representantes de víctimas

**CENTRO NACIONAL DE MEMORIA
HISTÓRICA**

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Andrés Fernando Suárez, Patricia Linares
Prieto, María Emma Wills Obregón, Paula
Andrea Ila, Doris Yolanda Ramos Vega y
César Augusto Rincón Vicentes.

Asesores de Dirección

DIRECTORES TÉCNICOS

Camila Medina Arbeláez
**Dirección para la Construcción de la Memoria
Histórica**

Álvaro Villarraga Sarmiento
Dirección Acuerdos de la Verdad

Ana Margoth Guerrero de Otero
Dirección de Archivo de los Derechos Humanos

Martha Nubia Bello Albarracín
Dirección Museo de la Memoria

Janeth Cecilia Camacho Márquez
Dirección Administrativa y Financiera

Adriana Correa Mazuera
Coordinación Equipo de Comunicaciones

DEL ÑAME ESPINO AL CALABAZO **Objetos que despiertan memorias**

Primera edición: septiembre de 2015
Número de páginas: 108
Formato: 23 x 23

Luis Carlos Manjarrés Martínez
Coordinador Editorial

Gustavo Santa Zoque
Creador gráfico, diseñador y diagramador

Daniel Yepes Osorio (portada)
Rafael Posso García (internas)
Ilustradores

Marco Giraldo Barreto
Corrector de estilo

Edwin Cubillos Rodríguez
Fotografías

Jorge Bautista
Auxiliar equipo creativo

Impresión

Imprenta Nacional de Colombia
© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 6 No. 35- 29
PBX: (571) 7965060
comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá D.C., Colombia

Impreso en Colombia.
Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica. Del ñame espino al calabazo, objetos que despiertan memorias. Bogotá, CNMH, 2015.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso se disponga de la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULOS	
Una bota derretida, un frasco cualquiera y la cuchara de calabazo	14
Un cuaderno para ensayar memorias	22
Cinco cosas maravillosas y algunos olvidos	26
Una mano más una mano	48
Crónicas mínimas de una colección de momentos	58
Palabras y bocados que van y vienen en forma de postal o de sobre	70
Una caja de madera venida de oriente y un manojo de susurros	82
LA ÑAPA	
Los objetos como despertadores de memorias	90
El sentido de las cosas	99



INTRODUCCIÓN

Este libro recopila las experiencias resultantes del trabajo desarrollado en el proyecto *Impreso en la Memoria*, liderado por la coordinación de prácticas artísticas y culturales de la Dirección del Museo Nacional de la Memoria del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). Con este proyecto, se busca fortalecer y articular los procesos colectivos de reconstrucción de la memoria a través de prácticas artísticas y culturales en las comunidades de Las Brisas (departamento de Bolívar) y Tabaco (departamento de La Guajira). Las acciones pretenden aportar a los procesos de reparación simbólica, dignificación de las víctimas, contribución a la verdad histórica y a la no repetición a partir de las formas y contenidos propios de las iniciativas de memoria territoriales.

Durante el proceso de formulación, participaron gestores comunitarios de memoria y víctimas de estos territorios, con quienes se construyó un proyecto que espera visibilizar y fortalecer las experiencias locales. De esta manera, surge el énfasis de los lenguajes literario y gráfico inspirados en las iniciativas de los líderes Rafael Posso (Las Brisas) quién desarrolló una serie

de dibujos titulada *Siguiendo las huellas*, la cual narra de manera gráfica la experiencia de violencia vivida por su comunidad durante la masacre de 12 campesinos ocurrida en el año 2000. Interviene también Rogelio Ustate (Tabaco), quién expone desde la poesía en su libro *Felicidad perdida de un pueblo que la minería borró* el proceso de desalojo violento y traslado al municipio de Hato Nuevo a causa de la entrada de la empresa El Cerrejón en su territorio.

Como productos, *Impreso en la Memoria* incluye la publicación del presente libro seriado junto a una pieza documental de larga duración, la cual logra registrar las vivencias del trabajo creativo y reflexivo vivido en cada comunidad y entre ellas. El abordaje metodológico se estructuró a partir de escenarios de formación, diálogos, recorridos, intercambios y creaciones artísticas de las dos comunidades en seis talleres durante los meses de marzo y mayo de 2015. En estos, el uso de objetos cotidianos y dispositivos artísticos permitió a cada participante resignificar el valor de su comunidad y territorio a partir del enfrentamiento de los impactos y afectaciones diferenciales que la violencia so-

ciopolítica y los megaproyectos han dejado en décadas de permanencia. Se trataba de hacer un viaje por la memoria individual y colectiva mediante el relato y el uso de objetos rituales, cotidianos e íntimos de sus participantes; elementos que vincularan sus experiencias personales, familiares y comunitarias, y que sirvieran de pretexto para mirar de otro modo su propia realidad en tres tiempos: lo ocurrido, su presente y las posibles proyecciones de su comunidad.

Cada sesión contó con la asistencia de grupos muy variados en edades, condiciones sociales y nivel de educación. Muchos de ellos no saben leer ni escribir (desde el punto de vista formal), pero su participación fue posible gracias a las estrategias diseñadas: la creación de momentos de apoyo entre los participantes a través de ejercicios colectivos de escritura o dibujo, o simplemente la transcripción de las historias que iban construyendo de manera oral, por citar algunas. De esa manera, el poder del relato trasciende el uso del código escrito y los ejercicios de memoria propuestos; partían siempre de la idea de que era posible crear sin importar qué tan

apropiados estuvieran de dicho código. En el caso de las ilustraciones pasó algo similar: muchos asumían de entrada que no eran buenos dibujando y, sin embargo, fueron descubriendo a través de ejercicios y de técnicas sencillas que una idea imaginada podía convertirse en una composición visual.

Este libro se ha pensado con una estructura a través de la cual los lectores puedan tener una idea muy cercana a la realidad del proceso desarrollado. No obstante, decidimos no organizarlo linealmente (es decir, por sesiones), sino por el resultado de cada propuesta de creación. Por lo anterior, cada capítulo corresponde a una apuesta creativa concreta con una breve descripción inicial del proceso realizado. Finalmente, para comprender mejor el contexto de estas comunidades, reseñaremos brevemente los hechos ocurridos tanto en Las Brisas como en Tabaco.

El 10 de marzo del año 2000, en la vereda Las Brisas del corregimiento de San Cayetano, municipio San Juan Nepomuceno, departamento Bolívar, región Montes de María, ocurrió la masacre de 12 pobladores y perpetrada por el comando de

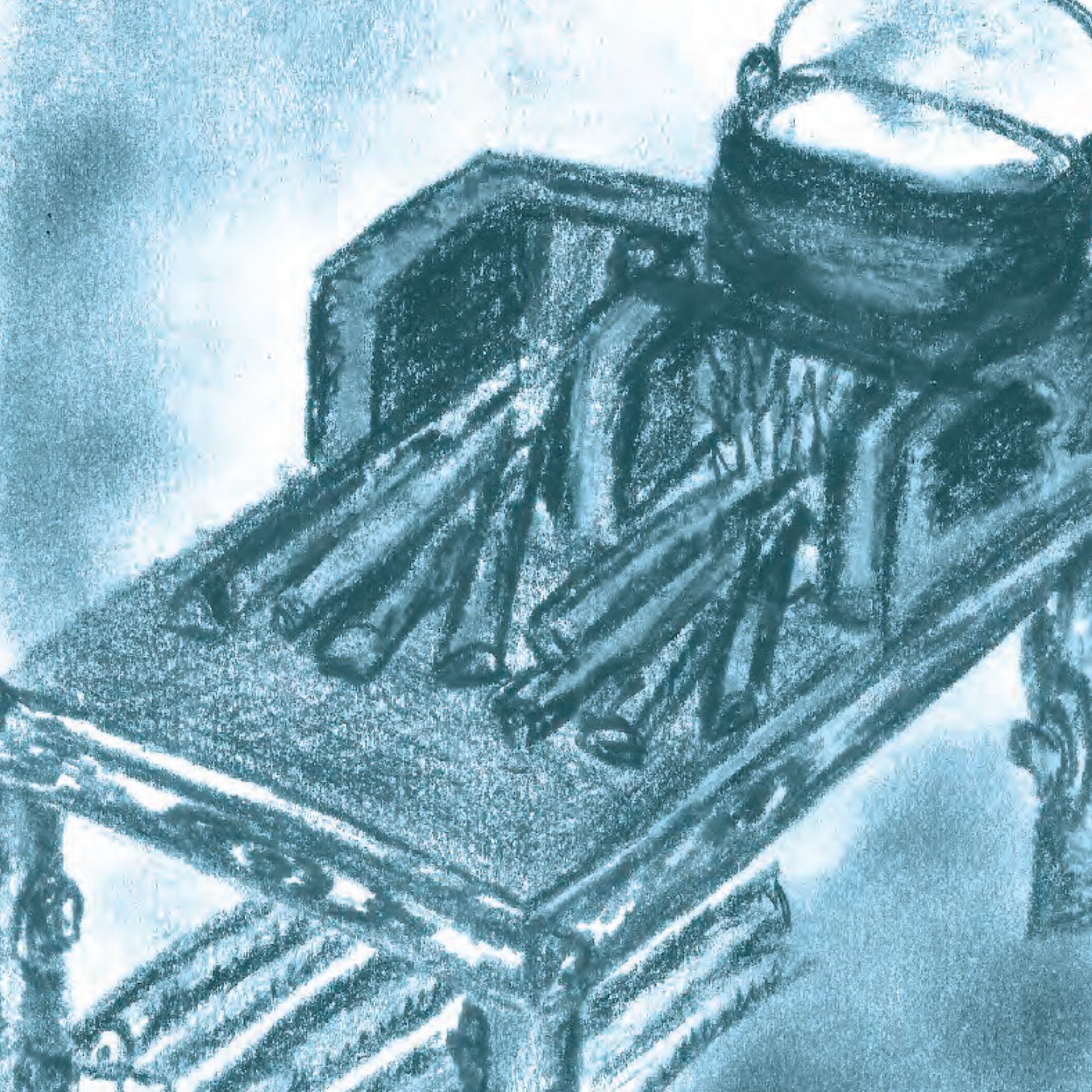
paramilitares liderado por Uber Enrique Banquez Martínez, alias "Juancho Dique". En esa fecha, ingresaron al pueblo y reunieron en la plaza central de Mampuján a sus habitantes, amenazándolos de muerte si continuaban en la región. En las siguientes 72 horas, más de mil personas dejaron la zona mientras los hombres armados siguieron la denominada *ruta de la muerte*. El sábado 11 de marzo, aproximadamente 200 paramilitares llegaron a la vereda Las Brisas y asesinaron a 12 campesinos de la comunidad, lo cual generó desplazamientos colectivos y una grave ruptura al tejido social. La condena por masacre y desplazamiento fue la primera proferida contra los jefes paramilitares en el marco de los procesos de Justicia y Paz en junio del 2010, decisión que la Corte Suprema de Justicia ratificaría en abril de 2011.

Por su parte, Tabaco es una población afrodescendiente reconocida desde 1984 como corregimiento de Hato Nuevo, departamento de La Guajira. Allí habitaban cerca de 480 familias quienes construyeron fuertes lazos y una estrecha relación con el territorio. El 9 de agosto de 2001 fueron

desalojados por el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD) y la empresa mirena El Cerrejón, dedicada a la explotación de carbón. Esta empresa impulsó diversas estrategias de presión para obligar a sus habitantes a dejar sus casas, animales y cultivos, los cuales se sustituirían posteriormente por una nueva zona de explotación minera a cielo abierto, demandada en la actualidad por su alto impacto social y ambiental y que ha puesto en crisis a la cuenca del río Ranchería por la modificación del arroyo Aguas Blancas y Tabaco. A pesar de que la Corte Suprema de Justicia de Colombia ordenara en el 2002 a través de un fallo de tutela que el pueblo fuera reubicado, catorce años después del desalojo los habitantes de Tabaco continúan a la espera de respuestas efectivas e integrales frente a los daños causados por parte del Estado y de la empresa que les permitan recuperar lo perdido.

Después de más de una década de resistencia y memoria por parte de estas comunidades, el CNMH inicia allí un trabajo de fortalecimiento y articulación de iniciativas que propone, por un lado, potenciar sus procesos de memoria y aportar

al esclarecimiento de los hechos; por el otro, avanzar en la construcción social del Museo Nacional de la Memoria, el cual asume la dimensión territorial como un diálogo de sentidos, relatos y significados de las víctimas en sus contextos locales para la comprensión y superación del conflicto armado en el país.



UNA BOTA DERRETIDA,
UN FRASCO CUALQUIERA Y
LA CUCHARA DE CALABAZO

Los objetos de la memoria: ese fue el punto de partida. Hubiera podido ser otro el pretexto para comenzar a tejer los relatos, por ejemplo, a partir de los lugares o personajes en los cuales nacen las memorias. Sin embargo, los objetos tenían algo que al comienzo no entendíamos o que al menos no percibíamos como algo que estaba más allá del objeto como testimonio o vestigio, y que se revelaba a medida que se desarrollaba cada ejercicio en las sesiones del taller. Intuíamos que, si hacíamos esa apuesta, podríamos lograr que la mirada se descentrara y ampliara, y que el discurso se moviera



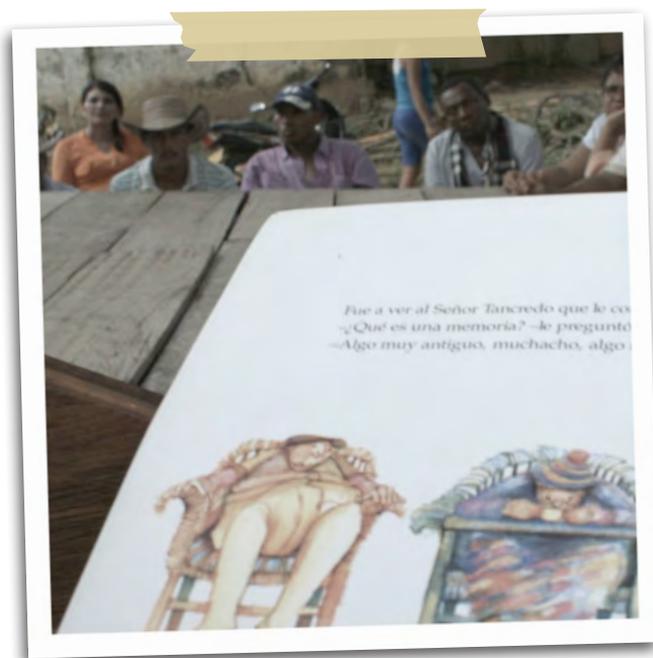
Ritual de objetos. Comunidad de Tabaco.

del lugar común, de lo aprendido de las instituciones; pero, especialmente, nos interesaba descubrir otros modos de narrar. Pensar, sentir, hablar, leer y escribir desde los objetos nos daba la oportunidad de que las personas enfocaran sus historias de un modo indirecto en el cual sus luchas territoriales no estuvieran en el centro. Se trataba de comenzar a relatar a partir de los objetos que hacen parte de esas memorias, no sólo del pasado en clave del recuerdo, sino de las memorias vivas que se transforman con el paso de las manos que cosen las bitácoras, dibujan los caminos en el mapa de su pueblo o se cruzan mientras narran oralmente el día del desalojo o del maltrato de su gente. Luego descubrimos que esos objetos eran medios para contar: eran objetos de mediación.

Ese punto de partida fue posible a través de un cuento de la escritora australiana Mem Fox, con ilustraciones de Julie Vivas. Se trata de *Guillermo Jorge Manuel José*, la historia de un niño que vive al lado de un hogar de ancianos y que ayuda a Ana Josefina Rosa Isabel, una mujer de noventa y seis años a recuperar sus memorias. Guillermo Jorge sabe del poder evocador de los objetos y decide buscar cinco que pudieran despertar en ella

esos recuerdos: viejas conchas de mar, una marioneta, una medalla, un huevo calentito y una pelota. "Qué niño tan querido y extraño que me trae todas estas cosas maravillosas, pensó la Señorita Ana. Y comenzó a recordar"¹. Leído en voz alta a las comunidades, quedaron tocadas con la sabiduría de la historia y "sonrieron, porque la memoria de la Señorita Ana había sido recuperada por un niño que tenía

¹ FOX M. (2007) Guillermo Jorge Manuel José, Ediciones Ekaré, Venezuela.



Lectura en voz alta con kamishibai.
Comunidad de Las Brisas.

cuatro nombres y ni siquiera era muy grande".

A través de un listado de cinco objetos, cada participante del taller también comenzó a recordar y a narrar sus memorias, impregnando de esos sentidos personales, familiares y colectivos los objetos que evocaban. Hicimos varios rituales de objetos a lo largo de las sesiones: espacios de inicio y cierre que no sólo abrieron un lugar y un tiempo para crear, compartir, vivir el taller, sino que también eran en sí mismos momentos para poner en juego las memorias; dicho de otro modo, para revolver las aguas y esperar que saltaran los peces del recuerdo. Sin duda, fueron los momentos más emocionantes y sensibles del taller, los que estaban más cargados de sentimientos, a través de los cuales se logró una comunión entre todos. Fue así como pensamos que las memorias que están más al alcance de nuestras manos son las que se despiertan a través de los objetos cotidianos que hacen parte de nuestra existencia.

Por ello, desde el comienzo fue muy importante hacer estos rituales con la complicidad de piedras, semillas, hojas, con

los objetos que cada uno llevaba, con el objeto que alguien prestaba, con la colección de objetos hechos con el calabazo de Rogelio Ustate, con los objetos de trabajo de Miguel Ángel Medina, o simplemente con los objetos que traíamos puestos, en los bolsos, mochilas y carteras, con aquello que teníamos al alcance. Por ejemplo, en el documental producido en el marco de esta experiencia, quedó registrado el primer ritual hecho con la comunidad de Tabaco en Hatonuevo (Guajira). Con cinta de enmascarar, marcamos un símbolo creado por Rogelio como representación de la lucha por la recuperación de su territorio y que indicaba las cuatro salidas por las cuales esta comunidad huyó el día del desalojo.

El ejercicio consistía en escoger uno de los cuatro puntos cardinales, depositar en el centro de la figura el objeto que habían traído y decir algo relacionado con el sentido que el objeto tenía para cada uno de ellos. La mayoría se refirió al objeto escogido con la nostalgia de un pasado que ya no podría recuperarse, pero Tulia Pereira hizo lo inesperado: entró al círculo con un palo largo y contó que con éste revolvían los alimentos, pero que también simbolizaba el bolillo con el que casi la matan por

defender a su familia y a su casa, y con el que golpearon a Don Emiliano en la cabeza, dejándolo con serios daños que se manifestaban de vez en cuando con la pérdida de la memoria, como le pasaba a la Señorita Ana, la mujer del cuento. Lo que nos dejó conmovidos del testimonio de Tulia era cómo el palo podía representar al mismo tiempo un momento para compartir alimentos y un elemento para causar daño a otros.

En otra sesión en la que no traían objetos de sus casas, propusimos la creación de la imagen de un bodegón, construida con objetos a partir de lo que cada uno llevaba o, simplemente, algunos elementos de la naturaleza que nos rodeaba. La imagen creada de manera colectiva era la suma de memorias mezcladas entre el pasado y el presente; memorias que, además, nos ponían en el mismo lugar y nos recordaban lo que somos en el presente. Ambos ejemplos tienen en común que la búsqueda que estábamos haciendo era precisamente ir más allá del objeto como testimonio, como pertenencia, como posible pieza museística.

Con esos objetos reales, representados o evocados, podíamos proponer con-

juntamente acciones creativas concretas que permitieran que los participantes pudiesen relatar, de manera artesanal e interactiva, la existencia misma, sus miedos, anhelos, sueños y modos de vida. La apuesta fue desde el comienzo, y sin saberlo con demasiada certeza, la posibilidad de pensar los objetos desde la mediación como una manera de crear y recrear las memorias de las comunidades.

En el último encuentro realizado con la comunidad de Las Brisas, lo entendimos mejor. Hicimos un recorrido por el camino en el cual sucedió la masacre (la denominada *Ruta de la muerte*) desde cierto punto hasta el lugar en el cual sigue de pie el que ellos llaman "el testigo silencioso": el árbol de tamarindo. Una de las paradas que hicimos fue el lugar donde estaba la casa de la familia Posso. La primera imagen fue impactante: los vestigios de una silla mecedora en medio del terreno cubierto de maleza. Rafael Posso se agachó en un claro de tierra y dibujó como si se tratara de un plano cada lugar de la casa: el camino, la entrada, la cocina, los cuartos, la marranera.



Objetos dejados tras el desplazamiento y quema de la vivienda de la familia Posso García.



Árbol de tamarindo. Vereda Las Brisas.

Nos contó lo que hacía cada miembro de la familia en distintos lugares de la casa y los momentos más bonitos que vivió allí con los suyos. Luego comenzamos a recorrer el lugar guiados por él, quien nos mostraba lo que minutos antes había dibujado en el suelo. Apartando la maleza, comenzó a encontrar algunos objetos: un frasco de desodorante, un pedazo de bota derretida, un frasco de café, una botella de vino, la hoja de un machete. Con cada hallazgo aparecía un relato, un motivo, una descripción, un sentimiento muy intenso que sobrepasaba lo que nos habíamos propuesto al inicio del taller.

En ninguno de los planes que hicimos de las sesiones, en los objetivos o en las metodologías, habíamos previsto que la misma experiencia nos llevaría a ese lugar, a ese momento, al contacto con objetos que aún seguían allí como testigos silenciosos de lo sucedido. Algunos objetos son capaces de activar las memorias dolorosas de una familia o comunidad; objetos que permiten también comprender lo irreversible de los acontecimientos y lo imborrable de las cicatrices de la violencia.



UN CUADERNO
PARA ENSAYAR MEMORIAS

“Se miente más de la cuenta por falta de fantasía: también la verdad se inventa”.

Antonio Machado

Con esta extraña frase queremos comenzar este apartado, refiriéndonos a la distancia aparente que hay entre la fantasía y la verdad. Lo que descubrimos con el paso de las sesiones es que ni la verdad es verdadera ni la creación es mera fantasía; en otras palabras, las memorias son materias vivas y sensibles que se van transformando, reinventando, adaptando, matizando y recreando individualmente, y que vamos acordando con la participación de otros. Necesitamos contarlas, relatarlas, escucharlas, compartirlas, volverlas a contar y narrar. Por eso, la bitácora funcionó como el objeto que facilitaría esos ejercicios de memoria: como ese objeto que nos ayudaría a crear el espacio y el tiempo para crear relatos a través de palabras y trazos.

La bitácora fue creada por los y las participantes en la primera sesión. Usamos una técnica de encuadernación sencilla: con cartulinas, papeles, seguetas, colbón e hilo, siguieron paso a paso las indicaciones y, al

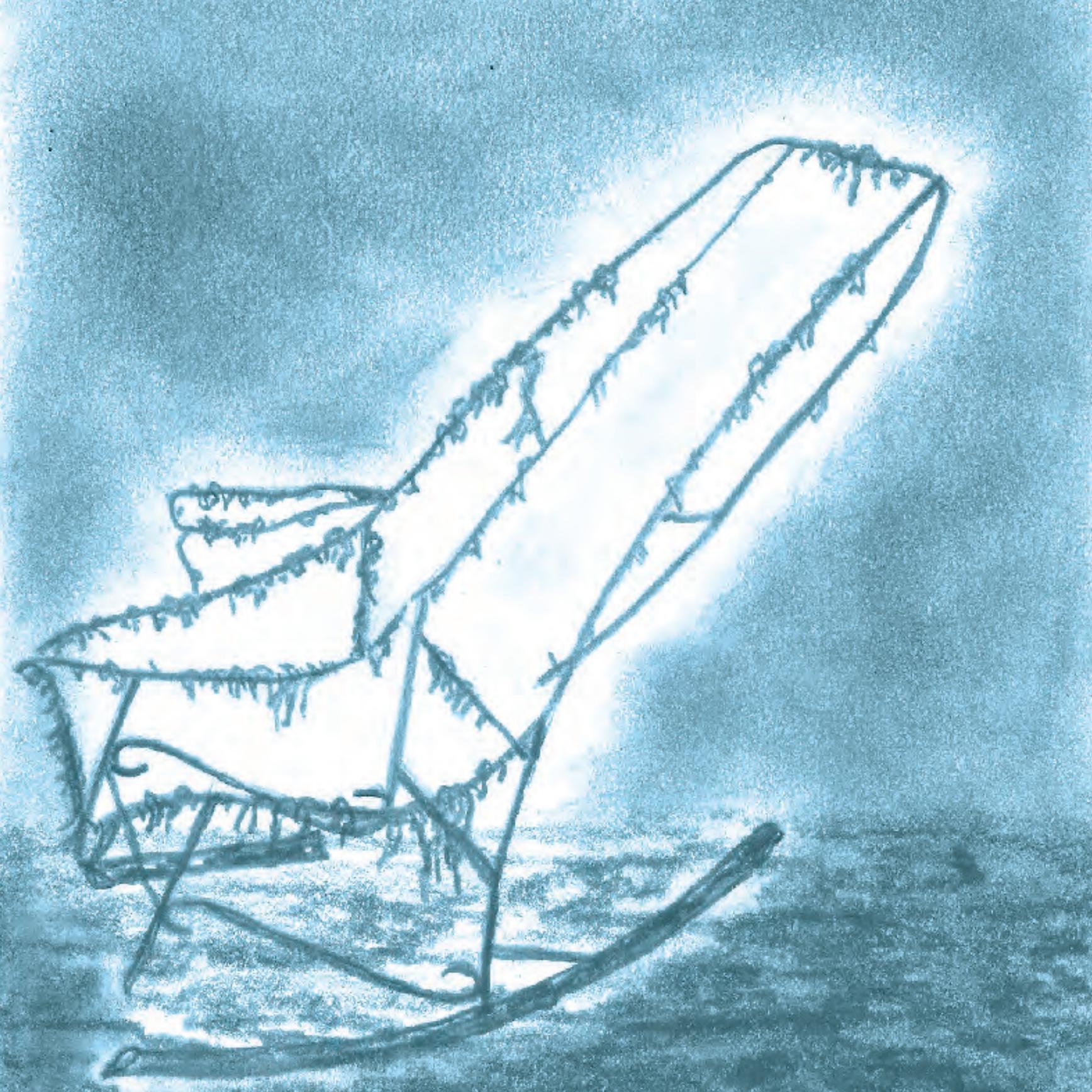
final, cada uno personalizó las portadas. De esta manera, fue posible que encontraran una forma de habitar ese objeto de memoria, esa posibilidad de espacio y tiempo para escribir y dibujar. Muchos estuvieron de acuerdo con que en adelante podrían resolver su necesidad de narrar para sí mismos o para sus hijos a través de la técnica aprendida, la cual comenzaron a usar apenas estuvo lista. Quisimos crear un objeto que permitiera llevar el proceso creativo de la manera más orgánica posible, en la cual pudieran hacer borradores, expresar sentimientos y tomar algunos apuntes a medida que pasaban las sesiones e, inclusive, por fuera de ellas.

Con esta estrategia no sólo se logró llevar el proceso; también quedó el modo y el pretexto para seguir escribiendo, reflexionando, deseando, desahogándose, pintando, recortando, vinculando las memorias que se construyen cada día y que, a su vez, se conectan con los recuerdos y con las proyecciones que puedan hacer de sus vidas. Sin duda, sería un objeto de memoria que vincularía su vidas con la posibilidad de seguir creando desde la verdad, su verdad, aunque con el paso del tiempo y de tanto relatar se convierta en algo de fantasía. Por

eso, no es tan descabellado pensar que la realidad muchas veces supera a la fantasía (como se dice popularmente) o, dicho de otro modo, que la línea que divide lo real de lo imaginario es tan delgada e imperceptible que muchas veces no tenemos tan claro qué pasó realmente y qué de lo que se cuenta es una recreación de lo sucedido. Las bitácoras que estas comunidades llevaron durante el proceso fueron y son la posibilidad misma del relato, tan natural y humano como la vida misma que sigue relatándose día a día.



Construcción artesanal de bitácoras.
Comunidad de Las Brisas.



CINCO COSAS
MARAVILLOSAS
Y ALGUNOS OLVIDOS

Ya les contamos que cada uno de los primeros ejercicios propuestos a los participantes consistía en describir en sus bitácoras los cinco objetos para recuperar la memoria en caso de que la perdieran, imaginando que si un día llegara a nuestras vidas un personaje como Guillermo Jorge, podría ir a buscar esos objetos para revivir muchos de los recuerdos maravillosos y difíciles que hacen parte de nuestro pasado. Así fue como hicieron una lista y varios dibujos, los cuales serían los primeros bocetos e ilustraciones que se abrirían paso entre las páginas.

En esas hojas comenzaron a habitar objetos muy diversos, desde los más cotidianos como un cambuche, una hamaca, un sombrero, una almohada o una silla para montar, hasta objetos de trabajo usados en el campo como machetes, cantinas, baldes de ordeño o balanzas; otros de uso tradicional propios de la cocina como platos, totumas, tinajas, cucharas, achioteros, coladores y, finalmente, otros más personales como una foto, un oso de peluche, una prenda de vestir o un reloj regalado por un familiar.

En la primera sesión, les propusimos escoger uno de los cinco objetos y comenzar a escribir adivinanzas que contuvieran aspectos claves como origen, materia, característica principal y utilidad. Con esa guía, escribieron varias adivinanzas que dieron pistas sobre el objeto del cual se trataba. Luego entramos a la etapa de ilustración de los objetos: primero con técnicas mixtas (colores, marcadores, recortes de revista, crayolas) y luego a través de la técnica del grabado. Fue pasar poco a poco por un proceso de escritura e ilustración por etapas,

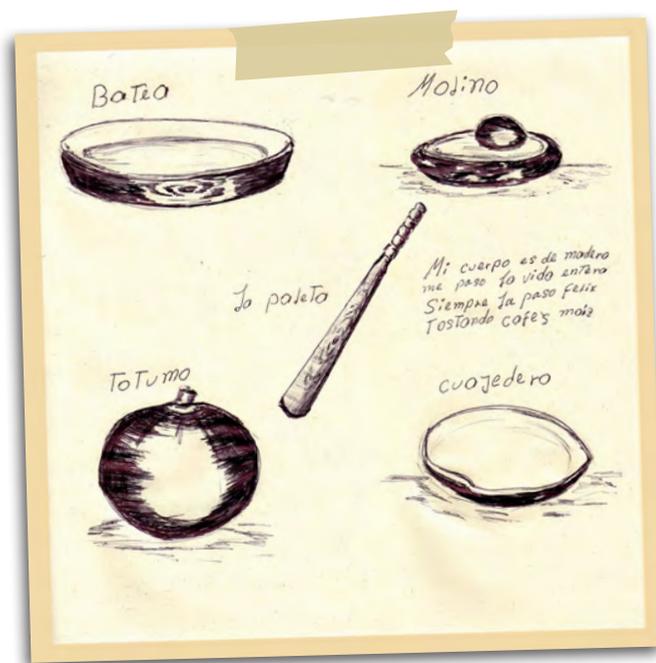


Ilustración de objetos de memoria.
Comunidad de Las Brisas.

escribiendo varias veces, haciendo bocetos en las bitácoras y luego en hojas blancas hasta tener el tono de las adivinanzas y la sencillez que se buscaba en las ilustraciones.

El trabajo con la técnica de grabado fue igualmente impactante para todos. Las ilustraciones de trazos sencillos fueron traducidas en sólo líneas, lo cual hizo posible que pudieran crear otra versión de la ilustración de sus objetos. Lo mejor fue descubrir que podían hacer tantas reproducciones como quisieran. Sobre placas de vidrio, todos pudieron esparcir las tintas con los rodillos e impregnar de color la lámina de tetra pack.

Algunos probaron varias combinaciones de colores y buscaron perfeccionar el arte de llenar los surcos dejados por el esfero con el que repasaban la línea del dibujo. Al final, orgullosos, colgaron sus creaciones en cuerdas con ganchos de ropa y observaron las obras en su conjunto, expusieron sus piezas al viento, buscando en los demás grabados la diferencia en el trazo, el uso del color, la apropiación de la técnica y las formas. La brisa movía al compás el trabajo que habían hecho durante toda esa tarde. La felicidad que produce la satisfacción también se leyó en sus ojos.



Exposición de grabados.
Comunidad de Las Brisas.

A continuación presentamos algunas de las adivinanzas que fueron escritas tanto por la comunidad de Tabaco, como la comunidad de Las Brisas.

Une las imágenes a la adivinanza
correspondiente con una línea punteada!



Con tela y relleno alguien los fabrica,
casi siempre las hacen cuadradas.
Las usamos no sólo para dormir,
las abuelas las usan también
para aliviar los dolores de espalda.

Elesmis Carrillo
Comunidad de Tabaco



Mi papá albañil trabaja de sol a sol,
revolviendo cemento y arena para la mezcla,
poniendo ladrillos, tejas y madera.
Si no fuera por su trabajo,
no podríamos tener una de aquellas.

Daileth Mindiola Arregocés
Comunidad de Tabaco



Es redondo como un totumo.
De un lado a otro y sólo patean
y no es precisamente un karateka,
y cuando entra victorioso
a unos produce emoción y a otros tristeza.

Samuel Arregocés
Comunidad de Tabaco



*Es de barro y color marrón.
La utilizaban los indígenas y aún nosotros,
para guardar y conservar en su interior la
vida.*

*Si miras en su interior con detenimiento,
verás que lo que guarda es tan transparente
como el mismo cielo.*

Tulia Pereira
Comunidad de Tabaco



*Tiene orejas grandes pero no es elefante,
es hondo pero no es pozo
y guarda la leche pero no es vaca.*

Norvis Yarenis Carrillo
Comunidad de Tabaco



*Mi abuelita la utilizaba
para ponerla en el fogón.
Es prima de la olla
y hermana del fogón,
y de ella salen delicias con amor.*

Daileth Mindiola Arregocés
Comunidad de Tabaco



*De las plantas y los árboles
nacen aromatizando el campo
y decorando las casas con sus colores.
Los indígenas las usan para curarse
y las mujeres para adornarse.*

Norvis Yarenis Carrillo
Comunidad de Tabaco



*Mi cuerpo es de madera.
Me paso la vida entera,
siempre estoy feliz
tostando café y maíz.*

Noris Ester Carranza
Comunidad de Tabaco



Hecho de agua, algunas cositas y un poco de aliño. Me gusta, me gusta, porque es de alimento. Lo hacían mis abuelos, lo hace la gente y mis padres me enseñaron a prepararlo. A veces las familias lo hacen con leña a la orilla del río.

Ángel Pereira Daza
Comunidad de Tabaco



Es largo como una regla, y puede contener hermosas hijas de la tierra. Es hueco como una mochila y para hacerlo, lo cocinan.

Yefer Rivero
Comunidad de Tabaco





*La ves colgando y se te antoja,
te subes en ella y es encantadora,
cuanto más te mueves más sabrosa.*

Heillen Margarita Mercado Pérez
Comunidad Las Brisas



*Es fresco, pero no es nevera. Es de barro, pero
no es casa. Contiene agua, pero no es laguna
y bailando se utiliza
para el día del sanjuanero.*

Clairis Carrillo
Comunidad de Tabaco



*Estas imágenes plasmadas
nos hacen recordar
cosas antiguas y bellas
de nuestros recuerdos.
Alguna vez fueron vividas
como si nos viéramos en un espejo.*

Ángel Pereira Daza
Comunidad de Tabaco

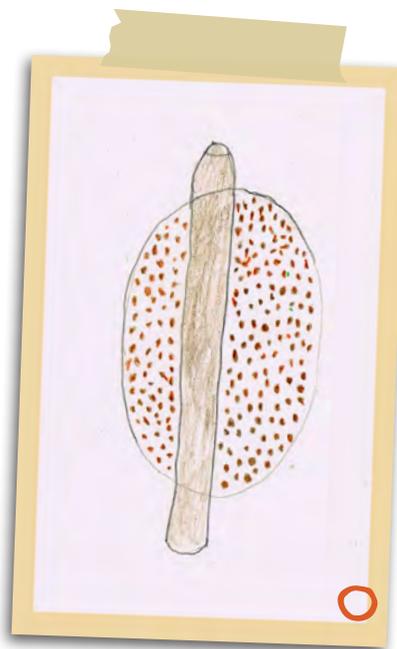
*Calentita, calentita.
Esta delicia tiene carbohidratos
y dicen que sirve para el guayabo.*

Holber Ustate
Comunidad de Tabaco



*Este elemento de cocina
está hecho de calabazo
por manos del hombre.
Redondo como la luna,
le da color a la comida.*

Elvis Beatriz Arregocés
Comunidad de Tabaco



*De uso tradicional, de algodón la formaron.
Con el fin de descansar en ella muchos
soñaron, y hasta hay hechas de retal.*

Katia Ustate Carranza
Comunidad de Tabaco



*Guardo un tesoro preciado. Soy orgullosa de
existir; sin mí nadie ha de vivir, pues sería un
mundo desolado.*

*Sabrosa como un helado, fresquita la
mantengo. En un rincón la conservo, por
encima o enterrada.*

*Para la sed, está preparada,
pero soy quien la contengo.*

Rafael Posso,
Comunidad Las Brisas



Tengo ojos y no veo,
tengo orejas y no escucho,
tengo boca y no hablo,
tengo manos y no toco,
y tengo pies pero no camino.

José Alfredo Posso
Comunidad Las Brisas



Recuerdo que, al levantarnos,
era lo primero que poníamos a hacer.
Recuerdo que salía un olor (a veces amargo),
que llegaba lejos, tan lejos, que todo el que
pasaba llegaba al rancho, y de él sacábamos y
compartíamos varios pocillos. Después de que
la gente lo saboreaba, seguían su camino; ese es
el trabajo del campesino.

Demetrio Barrios Martínez
Comunidad Las Brisas



Objeto que se utiliza para pesar los alimentos
y que necesitamos los campesinos en veredas,
pueblos y ciudades.

Alfonso Rafael Mercado
Comunidad Las Brisas





*Tenerme siempre en tu brazo,
es lo que te encanta a ti,
Y luego tú me echas la culpa,
cuando sufro un retraso.*

Any Fernanda Escalante Posso
Comunidad Las Brisas



*Nadie nace con él,
pero sin él nadie puede vivir.
Lo tenemos toda la vida,
incluso en la hora de morir.*

Ariel García Ledezma
Comunidad Las Brisas



*Cómoda, fresca y placentera,
como tú ninguna.
En ti duermo con la luna,
más sabrosa que una estera.*

Martha Posso
Comunidad Las Brisas

*Estoy cargada.
En mí, pueden descansar.
En bestia puedo pasear
y en carrera soy deseada.*

Víctor Villar
Comunidad Las Brisas



*Inclinadas como un techo,
en Las Brisas hay extensiones.
Para nosotros son bendiciones,
las cultivamos y nos dan producciones.*

Alfredo Mercado
Comunidad Las Brisas



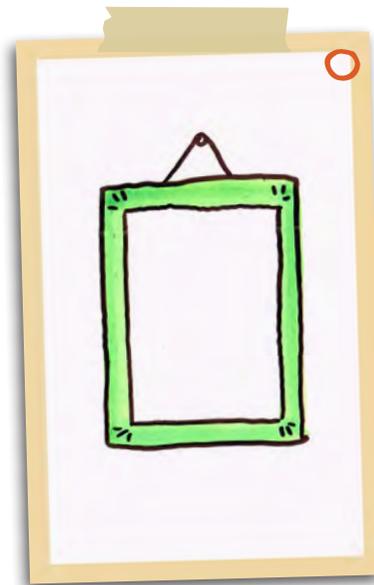
*Puede enmarcar paisajes,
pero no es ventana.
Puede decorar la casa
con flores o animales
sin que estén vivos.
Lo ha creado el hombre
y hasta en ellos se pueden poner fotografías.*

Aracelys Botello
Comunidad de Tabaco



*Mi abuelo dice que es muy fresco,
que en él se aguarda en el día
y se duerme mejor en las noches,
y en los días de lluvia en él no nos mojamos.
Hecho de saco, madera y barro,
es toda una tradición.*

Edelcis Arregocés
Comunidad de Tabaco



*Creada por los seres humanos
para acompañarlos en las noches.
Relajante para recostar nuestra cabeza,
está hecha de la flor del algodón.*

Mirian Luz Daza
Comunidad de Tabaco



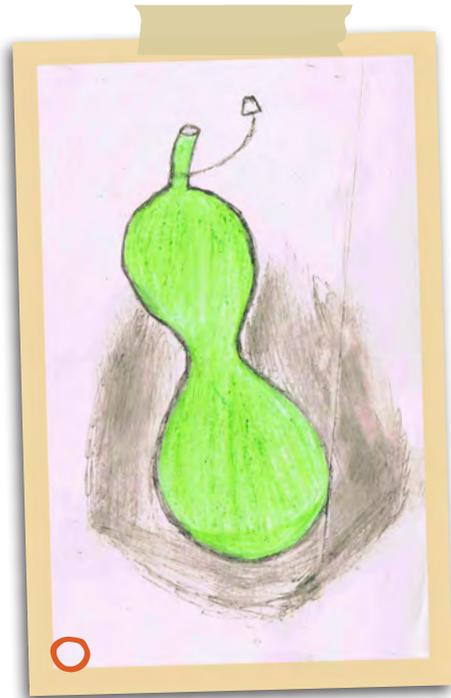
*En el bosque tropical mucho existe,
puede ser redondo o alargado
y en su interior carga la vida del labriego
étnico.*

Rogelio Ustate
Comunidad de Tabaco



*Hecho de diversas materias
por el hombre, este objeto
sirve para beber entre varias personas.*

Euclides Gil
Comunidad de Tabaco





*Es construida por el hombre.
Es de madera, pero no es árbol,
se colocan los platos, pero no es platero.*

María José Figuero Carillo
Comunidad de Tabaco



*Nuevo fui muy luciente,
hoy viejo te causo pena.
Tengo maluca la frente,
no propicio mi faena.
Como pagando condena,
conmigo te ves desluciente.*

Adriano Yepes
Comunidad Las Brisas



*Se cultiva en la costa,
en los montes de María.
Lo cultivamos en Las Brisas
y los comemos todos los días.*

Julio César Mercado
Comunidad Las Brisas

*Mi comadre la colora'
que si no es por ella, no como na'.*

Heillen Margarita Mercado
Comunidad las Brisas



*Fuerte que soportó toda la violencia,
está vivo y todavía sigue soportando
vientos y mareas.*

Antonio Yepes Rodríguez
Comunidad las Brisas



*Camisa verde,
cuerpo blanco
y corazón negro.*

Juan Antonio Yepes
Comunidad las Brisas



*Las del campo son de bareque,
las del pueblo de ladrillo,
están hechas a mano
y sirven para dormir.*

Oscar Barrios Lobelo
Comunidad las Brisas



*De luto paso vestida,
por dentro resplandeciente.
Temprano hago la bebida
y la familia me consiente.*

Etelinda García
Comunidad las Brisas



*Amarilla en el centro,
blanca por fuera.
Si fuera un huevo
estaría en la nevera,
pero como no lo soy,
aparezco en primavera.*

Yiseth Escalante
Comunidad Las Brisas



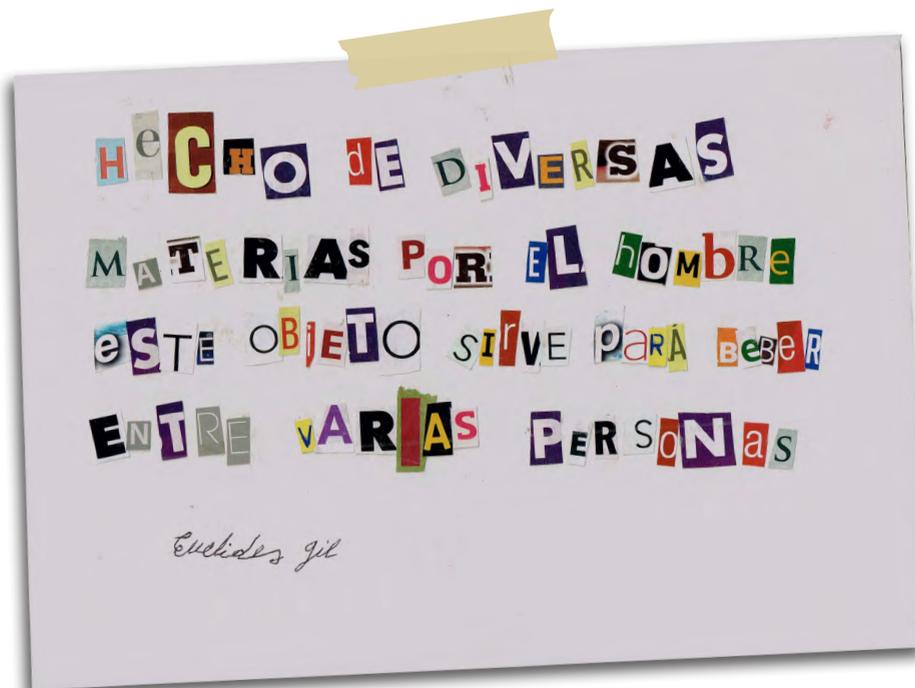
*Protege el cuerpo.
Es largo, tiene adornos
y es una prenda especial
para la mujer.*

Yaminis del Villar Cañate
Comunidad las Brisas





Taller de ilustración. Comunidad de Tabaco.





Producto de talleres en los cuales
las comunidades construyeron
sus adivinanzas con recortes de
letras de prensa.





UNA MANO MÁS UNA MANO

Revolución

*"Una mano
más una mano
no son dos manos;
son manos unidas.
Une tu mano
a nuestras manos
para que el mundo
no esté en pocas manos
sino en todas las manos."*

Gonzalo Arango

En esta parte del proceso creativo, y de acuerdo con las motivaciones colectivas que iban recogiendo a través de los rituales que realizábamos en las sesiones, quisimos poner en juego (tanto en lo escritural como en lo gráfico) la posibilidad de crear entre todos. Se trata de comprender que el trabajo colaborativo puede tener unas variaciones creativas bastante interesantes y enriquecedoras; en la escritura, por ejemplo, este tipo de procesos creativos pueden enriquecer enormemente la mirada propia a partir de las miradas de los otros.

El uso de metodologías de creación colectiva como el cadáver exquisito, una técnica surrealista bastante reconocida, nos permitió recrear tanto con palabras como con imágenes los objetos colectivos que representan con mayor relevancia la identidad de sus comunidades: el ñame espino para Las Brisas y el calabazo para Tabaco. La elección de estos elementos hizo parte de una representación común, es decir, un objeto colectivo de la memoria. Esta indagación se hizo después de trabajar con la idea de los objetos individuales; tal vez por eso resultó sencillo hacer esta selección, porque ponerse de acuerdo implicaba,

primero, pensar en las cosas que de manera particular nos han tocado, para luego identificar aquellas que nos unen.

Para nosotros, la apuesta por lo colectivo constituía una oportunidad para equilibrar las debilidades y fortalezas de los participantes, tanto en el dibujo como en la escritura. En ambos casos, insistimos todo el tiempo en transmitirle la idea de que para escribir y dibujar no es necesario saber escribir y dibujar, es decir, todos podemos escribir y dibujar porque somos usuarios del lenguaje y, a través de la oralidad, podemos crear relatos que otros pueden transcribir. Asimismo, dibujar es un acto de comunicación esencial que todos podemos realizar y que no debe condicionarse por las habilidades técnicas de dibujo: una cosa es dibujar, y otra es adquirir herramientas para ilustrar de diversas maneras.

De este modo, logramos que quienes no escribieran lo hicieran a través de la transcripción que sus compañeros hacían, y con el dibujo logramos alentarlos para que dibujaran a su modo, inclusive ayudados por técnicas como el collage.

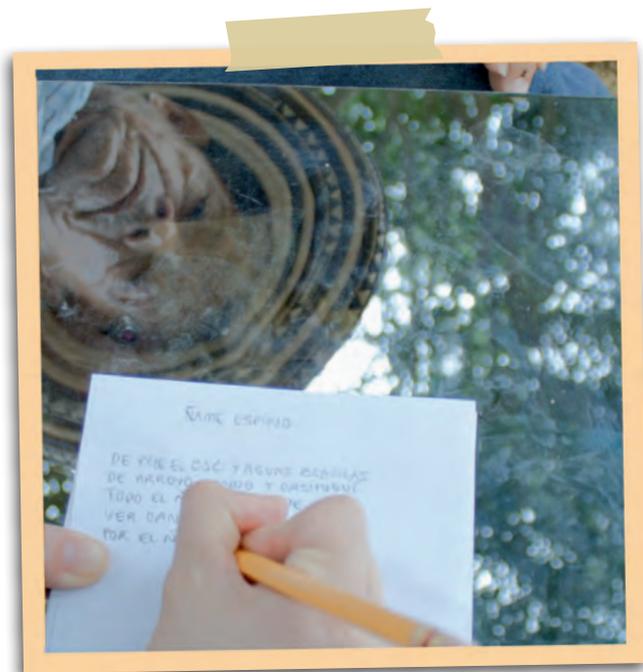
Encontrarse y hacer algo juntos tuvo mucho sentido para el desarrollo de las jornadas dado que ambas comunidades hacía tiempo no se reunían. El taller fue el gran pretexto para volver a verse; para los más jóvenes, aquellos que salieron de sus territorios muy pequeños o que aún no habían nacido, era la primera vez que escuchaban esos relatos de boca de personas diferentes de sus familiares, lo cual abrió su mirada en relación con lo sucedido, con la vida que llevaban antes de los sucesos no sólo en sus familias, sino en comunidad.

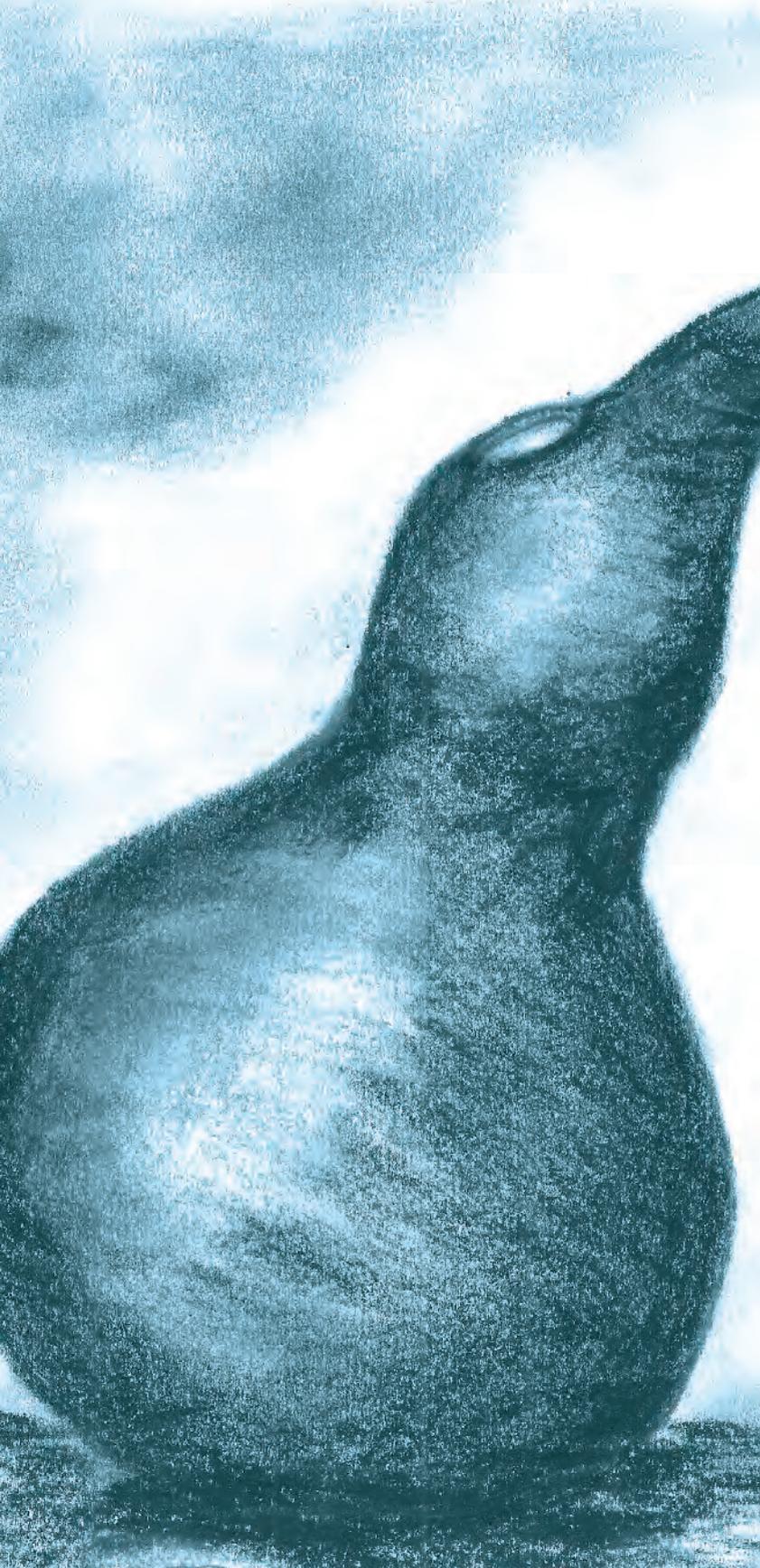
El ejercicio que propusimos a las comunidades fue crear un poema y una ilustración a varias manos. A continuación, les presentamos los poemas creados por ambas comunidades.

Creación colectiva del poema "Ñame espino".
Comunidad de Las Brisas



Lectura del poema de creación colectiva
"El Calabazo". Comunidad de Tabaco.





El calabazo

*Has sido tú
el permanente utensilio
que caracteriza al labriego
y a toda una sociedad,
realizando una faena,
entregando el corazón.
Con luz respondo
y un hidratado coraje
para refrescar la vida.*

*Eres como una medicina
que nos limpia
de las enfermedades.
Eres como la vida
que nos alimenta a diario.
Eres como el árbol más perfecto
que ha hecho la naturaleza.*

*Hermoso calabazo:
eres como el pozo María
y tu encantada flor
fresca siempre existía.
Nunca te borrarás
de nuestra mente.
Siempre estarás vivo,
calabazo hermoso.
Eres como las lluvias del cielo
que ovando caen a la tierra,*

dan vida...
así eres tú.

Que donde quiera que vamos,
llevamos agua dentro de ti
para seguir viviendo.
Gracias a tu agua
podemos beber,
y es tan rico sentir
tu frescura, tu pureza, tu delicia.
Eres lo que nos hace tabaqueros;
todos te usamos para beber,
nadie vive sin ti.
A ti te debemos
la cura de muchas enfermedades.

Eres como el jarabe
que me cura las penas.
Eres como el hermano
que nunca tuve.
Eres como el agua
en el desierto.
Eres como el árbol
que me da sombra.
Eres como la planta
que me hace respirar,
porque el agua que tú me brindas
me sirve para disfrutar
de las cosas muy bonitas
que en Tabaco nos hizo soñar;
de costumbres, tradiciones

que hoy en día nos faltarán,
las totumas, los jarrones
que hoy en día no podemos utilizar.

Eres refrescante, amigo.
Siempre me acompañas
por tus orígenes ancestrales.
Eres muy importante
y de ti salen muchas artesanías bellas.
Gracias por existir, y que
sigas ofreciéndonos tus poderes.
Como vienes de la naturaleza,
de la madre tierra,
tú nos ofreces adornarnos
con aretes, collares, anillos,
fajones y gargantillas.

Tú nos sirves para muchas cosas:
nos nutres el cabello,
nos quitas la gripa,
nos sirves. Porque contigo
hacemos muchos utensilios
como cucharas, jarrones,
platos de distintas formas y tamaños.

Eres encuentro de ternura
mezclada con nostalgia
que nos hace pensar
en un mejor mañana.

Mi tía no tiene vaso
ella tiene un calabazo
que usa de vaso pero no es vaso.
Ella tiene un palo de
calabazo en su patio
y de ahí sale
la agricultura de ella.
En Tabaco habían
bastantes calabazos;
ahora yo lo uso
porque no necesito
ni plato, ni vaso
y me sentí muy contenta
porque ayer volví a
tomar sopa y jugo en totuma.
Nos sirve para cargar
la leche, el agua;
para esconder la semilla
de ahuyama de un año
para el otro.
También el maíz.

Calabazo tan medicinal,
tan indispensable
para toda la comunidad:
niños, hombres y mujeres.
Que con tus nutrientes
nos brindas salud,
volviéndote indispensable
para todos nosotros.

Calabazo:
tú nos ayudas,
nos das fortaleza.
Estoy contenta
porque mi familia tiene
muchas cosas que agradecer.
Eres una parte de
nuestras vidas;
nos sirves para
muchas cosas
como las cucharas,
las copas, los platos
y fruteros.

Eres como la luna
para hacer cosas;
tomar agua.
Nace en las lagunas
de donde hay agua
y es medicinal.

Comunidad de Tabaco



Jornada de cierre. Comunidad de Tabaco.



El ñame espino

*De Pele El Ojo y Aguas Blancas,
de Arroyo Hondo y Casinguí,
todo el ñame sale de aquí;
ver cantidades encanta.*

*Por el ñame, el poeta canta,
sin andar con tartadeo.*

*De Arroyo Hondo y del Guineo,
del Decirio y de Angola,
el ñame ahí hace ola
no incluyendo el menudeo.*

*El ñame espino es un tubérculo muy bueno;
por esa razón hay que cultivarlo
para siempre tenerlo,
porque muchas familias
lo tienen como sustento.*

*Ñame de espino,
tú eres tradición
en mi región;
por eso te llevo en mi corazón.
Vienes desde mis abuelos,
traspasando generación
y no dejas de darnos satisfacción.*

*El ñame espino es como el aire
puro que respiramos,
que el año que no lo cosechamos
pasamos mucho trabajo.
Nosotros estamos muy agradecidos
del ñame espino, porque por medio
de él podemos sostener a las familias
y a las demás comunidades.*

*El ñame espino es muy exquisito.
Lo consumimos todos los días,
espreciado por todo el mundo
y nos da sustento todos los días.
El ñame espino se utiliza
en sancocho, mote de queso.
El ñame espino es el fuerte
de Las Brisas.*

*El ñame espino se exporta
a otros países;
es uno de los productos que sembramos
de primera, que nos hace ver el
dinero muy pronto.
Viene de nuestros ancestros;
en el año 1930, cuando hubo
la muerte de Gaitán, ya nuestros
abuelos lo cultivaban.*

*Francisco Mercado, un agricultor
de la región, sembraba conchas
de este producto para poder conservar*

*este valioso tubérculo. Lo heredó
a sus hijos y posteriormente a los nietos.
Para nosotros, ha sido una década
muy destacada y una tradición
que, después de muchos años,
llegó a un comercio que por hoy
se cultiva en Las Brisas,
en muchas veredas, departamentos
y en otros países
es muy comercial y muy popular.*

*Yo soy poeta repentino
en los Montes de María
y brindo esta gran poesía
dedicada al ñame espino.
Te pido, Dios divino,
cuides la cosecha mía.
Del ñame espino se hacen muchas cosas
se hace el mote de queso
y se cocina y se hace en sopa.
Se manda a Cartagena,
Barranquilla, Sincelejo,
Montería y Bogotá y demás
países.*

*Este es el cultivo que cultivamos en
Las Brisas y también en otras veredas.
Somos cultivadores del famoso ñame espino,
un producto muy divino de forma y de valor.
¡Vivan los agricultores
que sembraron su destino!*

*Nunca decimos dame
porque todo lo sembramos.
Siempre orgullosos estamos
sembrando el famoso ñame.*

*Ñame espino:
eres un objeto muy valioso
en nuestra comunidad.
Le damos las gracias a Dios
por tu existencia.*

*Eres delicioso, muy exquisito,
en nuestros platos eres el preferido.
Si eres grande y bonito,
podemos hacer sopa contigo.
Me encanta, me pongo contento.
Queremos seguir viviendo de ti,
no solo nosotros; para todos
eres lo que nos deja vivir bien.*

*Gracias a ti, ñame espino,
porque comemos todos los días.
Eres un fruto bendito de nuestra tierra
y gracias a ti podemos preparar
muchas delicias.*

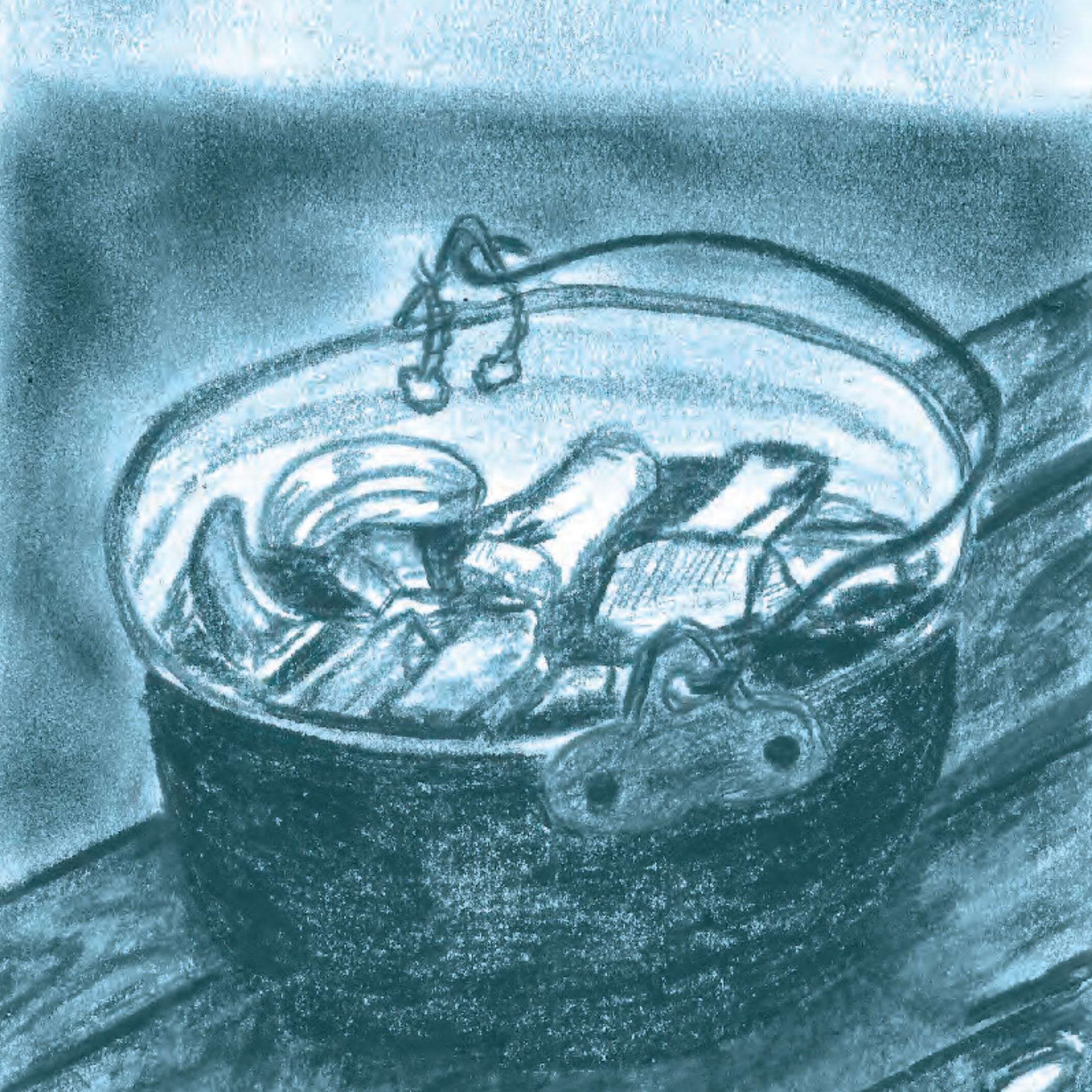
*Del cultivo, lo más grande
de los fuertes campesinos,
orgullosos lo decimos.
Porque acabas con el hambre
por la mañana y la tarde.*

*Lo podemos consumir
y así poder construir
con cariño y gran nobleza
armas para la pobreza
y los deseos de vivir.*

Comunidad Las Brisas



*Jornada de cierre quiosko de la memoria.
Vereda de Las Brisas*



CRÓNICAS MÍNIMAS
COLECCIÓN DE MOMENTOS

Después de realizar un ejercicio cartográfico con ambas comunidades, el cual consistió en recrear a través de los sentidos los lugares en los que vivían antes del suceso, algunas personas se animaron a escribir microcrónicas.

La comunidad de Las Brisas lo hizo a partir de un recorrido en su territorio; por su parte, Tabaco dibujó el pueblo en cuatro pliegos de cartulina. En ambos casos, hicieron un recorrido (real o imaginario) por los caminos de su historia comunitaria, tratando siempre de explorar a través del tacto, el olor, el gusto, las imágenes y sonidos que hacen parte de esa cartografía. La sección que presentamos a continuación se compone de textos que fueron escritos durante la segunda sesión. Primero presentaremos las producciones de Las Brisas, no sin antes contarles de manera breve en qué contexto se realizó este ejercicio de escritura.

Crónicas en Las Brisas

Con esta comunidad fue posible hacer un recorrido a pie y a caballo por buena parte del camino a través del cual sucedieron los hechos de ese sábado 11 de marzo del 2000, día en el que sucedió la masacre

y el desplazamiento de esas familias. En ese trayecto, algunos de ellos quisieron recordar los momentos vividos ese día: buscaron los objetos que habían, el paso del tiempo; dibujaron en la tierra dónde estaba la cocina, los cultivos, las marraneras, el camino tomado para huir, la casa del vecino, el camino por donde iban los chicos a la escuela, cuáles eran las rutas que seguían los mulos para ir a San Juan o a San Cayetano, dónde estaba el árbol de tamarindo (el tan nombrado testigo silencioso), y por donde habían sacado sin vida los cuerpos de sus familiares.

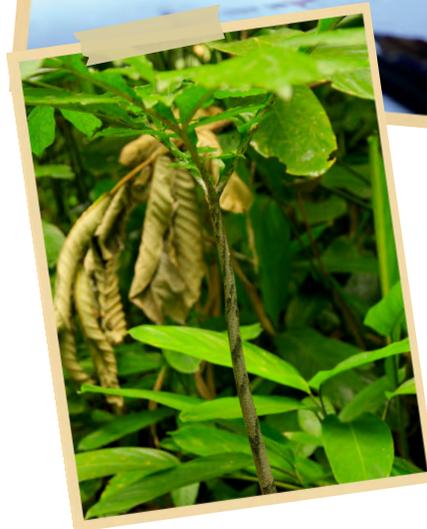
Una vez llegamos a la casa de Julio, donde también está ubicado el salón comunitario, realizamos este ejercicio de escritura antes de que cayera la noche. Al finalizar los escritos y con ayuda de una linterna, leímos en voz alta cada relato como un modo de publicar, a través de sus voces o de quienes escribían y luego leían, esas huellas más profundas de las memorias que habían recogido y que a continuación compartimos con ustedes.

El Portón Rojo de San Cayetano

Por: Martha Posso

El portón rojo era una puerta grande de una casa ubicada en San Cayetano, corregimiento de San Juan Nepomuceno. La propiedad le pertenecía al señor José Tomás Barrios Lobelo, lugar en que también vivía Dalmiro Barrios. Cuenta que ese portón, antes de ese día, era el lugar al que llegaban las mulas cargadas de la vereda de las Brisas y otras zonas aledañas.

Hasta que el sábado 11 de marzo del año 2000, como a eso de la una de la tarde, comenzaron a llegar los primeros cuerpos sin vida procedentes de Las Brisas: se trataba de Jorge Eliécer Tovar y Dalmiro Barrios Lobelo. Venían en mulos conducidos por Tomas Barrios y José Contreras. Las personas de San Cayetano y de las veredas aledañas que estaban en ese momento en el pueblo se aglomeraron para ver el cuerpo yerto de quien por varios años había sido el Rey del Ñame, mientras detrás estaba el del "Negro"; así llamaba la gente a Dalmiro.



- (1) Casa de Ariel García.
- (2) Taller de cartografía de los sentidos.
- (3) Planta del ñame espino.

Ese mismo día, antes de las cinco de la tarde llegaron otros tres cadáveres por el mismo portón, atravesados en tres mulos. Se trataban de los Posso; los cuerpos sin vida de Joaquín, Alfredo y Luís (padre e hijos respectivamente). Al lugar llegaron conducidos por el señor Félix Barrios, Leonardo Sierra, Elvis Barrios, Rafael Posso Parra y Carlos Escalante. El pueblo de San Cayetano, impresionado por los sucesos, se volcó a las calles haciendo calle de honor: unos expresaban su profunda tristeza llorando, otros gritando y haciendo muecas de dolor y espanto. Nadie podía creer lo que veía; no era posible imaginar el estado en el que llegaron los cuerpos, y era inimaginable que fueran de quienes habían sido amigos, vecinos y familiares.

Había tanta gente esa tarde que fue posible impedir que los vieran directamente. Argumentaban que tenían todo el derecho, que ellos no querían burlarse sino ayudar porque sentían aprecio y dolor por lo ocurrido. En ese mismo lugar, los introdujeron en los ataúdes para que les hicieran necropsia en el cementerio de San Juan Nepomuceno. Al resto de los cuerpos sin vida los sacaron por la vía de Mampuján, y a Pedro Caste-

llanos, quien también era de las Brisas, lo sacaron por la vía de la Haya, conduciéndolo hasta María La Baja.

Las doce víctimas fueron asesinadas por las AUC, bloque Héroes de los Montes de María, al mando de Rodrigo Pelufo Cadena y Edwar Lobos Téllez como autores intelectuales y como autor material Uber Bánquez, alias Juancho Dique.



Rafael y José Alfredo Posso. Vereda Las Brisas.

Lo dejó ahí con el dolor del alma

Por: Manuel de Jesús Mercado García

Me llamo Manuel de Jesús Mercado García. Ese 11 de marzo, salí de mi finca a las seis de la mañana para el corregimiento de La Haya porque tenía que enviarle alimento a mi familia al municipio de San Juan Nepomuceno. Al llegar al corregimiento, me encontré con un grupo armado que me dijo que era mejor que no fuera, porque por allá estaban haciendo una limpieza. Cuando dieron las diez me monté en el mulo y salí hacia la finca.

Cuando iba por el camino, me encontré con mi hijo Alfredo, quien me cuenta que las casas estaban incendiándose y que habían matado a Pipo y a otro hijo mío. Alfredo me contó que, cuando los vió tirados, no lo resistió y huyó con el corazón destrozado, que no pudo resistir verlos muertos y que tuvo que dejarlos ahí con el dolor del alma. Me dijo que luego se había ido a Mampuján (corregimiento de María la Baja), luego por el Mango y después por el Viso, rumbo a San Juan.

Llegó hacia a las cinco de la tarde del sábado. Al día siguiente, el domingo doce de marzo, le pedimos el favor a la policía para que nos acompañaran a lugar de los hechos, pero no quisieron. Tuvimos que ir por nuestros propios medios. Contratamos un carro y vinimos diez personas a recoger los cadáveres para darles cristiana sepultura.

Un sábado 16 de mayo

Por: Óscar Barrios

Por primera vez hablé y ahora no es que quiera hacerlo tanto. Lo que diré es muy corto. Un sábado 16 de mayo, a eso de las diez de la mañana, llegamos después de muchos años (tantos que ya no sé) a la que era mi casa. Llegamos con un grupo de personas, y de eso tampoco quiero decir mucho. Lo cierto es que ese día, esas personas me hicieron recordar muchos momentos tristes, pero también recuerdos llenos de felicidad, de esa vida de antes. Ese día, volví a recordar momentos de mi niñez y otras tantas cosas que marcaron mi vida, por ejemplo, la muerte de mi hermano.

Una gran familia se quiebra

Por: Víctor Manuel Villar

La familia Villar Cañate vivía feliz en la vereda Las Brisas, Municipio San Juan Nepomucemo. Al menos, así era hace quince años. Todos compartían. Tenían varias cabezas de ganado, cerdos, perros y otros animales, así como buenos vecinos y amistades. Cultivaban maíz, plátano y ají. Luz Marina Cañate se dedicaba al hogar. Yo, Víctor Manuel Villar, ordeñaba, hacía cercas, domaba animales, me dedicaba de vez en cuando a los negocios y estaba atento a los cultivos. Luz Marina y yo tenemos descendencia: Delsis del Carmen, Gabriel, Yaminis y Javier.

Todos los días me levantaba a las cuatro de la mañana a hacer café en leña; mi mujer se levantaba a las cinco a preparar el desayuno: café con leche, carne o pescado dependiendo de la época y tajadas. Nuestros hijos se llevan dos años entre sí. En esa época estudiaban o, cuando no tenía clase, me acompañaban a realizar las labores diarias del campo.

Recuerdo que la escuela estaba cerca, a unos 200 metros de la finca. Lo que más nos gustaba hacer era compartir. Eso era lo que mejor sabíamos hacer. Por ejemplo, nos poníamos de acuerdo todos para cuando yo tenía que viajar. Pero también cuando ella era quien tenía que viajar a visitar a su familia que vive en San Pablo. Muchas veces, las ganancias que sacábamos de los sembrados se destinaban para que Luz Marina pudiera ir a visitarlos.

Muchas veces llega a mi mente el día del desplazamiento y la masacre, ese 11 de marzo del 2000. Después de eso, no pudimos a ser la familia de antes; de alguna manera, no pudimos volver a ser los mismos, hubo una especie de desintegración. Pero lo que más nos afligía no era tanto lo que había pasado con mis seres queridos más cercanos, sino que lo que pasó afectó a toda una comunidad. Éramos una gran familia, pero ese hecho, esa tragedia que nos tocó vivir, nos quebró para siempre.

La mayoría de las gallinas sobrevivieron

Por: Rita Mercedes Castillar

El 11 de marzo del primer año de este siglo -para ser más exacta, un sábado a las 6 de la mañana-, estaba yo, Rita Mercedes Castillar, con mi esposo, Demetrio José Barrios Rodríguez, y nuestros hijos Judith, Ledis, Diana Luz, Ever Alberto y Jenny, la nieta de la familia, la menor de todos, todavía en casa. Yo me levanté a preparar el tinto, cuando de pronto un señor moreno montado en una yegua blanca pasó por el frente de nuestra finca Medio Mundo y me dijo que nos fuéramos lo más pronto posible de allí porque venían los mochacabezas; que no demoraban en pasar por ahí y que ya habían matado al negro Barrios, un primo hermano de mi esposo. Ni para qué seguir contando, pies en polvorosa, huimos del lugar en menos de lo que canta un gallo. No hubo tiempo de sacar nada, así como estábamos, así nos fuimos como almas que lleva el diablo.

Un mes después, volvimos a la finca con Demetrio. Lo primero que buscamos fueron las gallinas y sí, estaban casi completas, pero

con el cuero pegao al espinazo. Luego, cuando entramos en la casa, nos dimos cuenta que muchas de nuestras pertenencias ya no estaban, sólo encontramos la tinaja, algunos asientos, la pala, los tejos, las tablas y dos camas. Fue muy triste saber que todas nuestras cosas ya no estaban en su lugar. Pero lo que menos podíamos explicarnos es que lo que tenía vida, las benditas gallinas no hayan muerto. Todavía nos cuesta creer que la mayoría de las gallinas hayan sobrevivido.

Ese día, decidimos echarle tierra al asunto, recoger las gallinas y las pocas cosas que nos quedaron y llevarnos todo en mulo a San Juan, al lugar en el que vivimos ahora, al lugar en que pudimos estar nuevamente juntos después de ese día, después de haber sido desplazados de nuestro sitio de vida, donde fuimos felices y vivíamos a nuestras anchas. Desde entonces, vivimos en casa mi madre; allí seguro que estamos bien, pero de vez en cuando me da por mirar por la ventana para recordar esos días en los que era posible vivir en el campo, con mi esposo y mis hijos, esperando que una tarde cualquiera lleguen los vecinos a tomar cerveza y a jugar tejo.

Crónicas en Tabaco

El ejercicio cartográfico realizado con esta comunidad se llevó a cabo de una manera distinta. Esta comunidad no tiene posibilidad ni siquiera de acercarse al territorio en el que quedaba el pueblo de Tabaco. Todo está cercado y muy bien custodiado. Eso significa que no era posible hacer un recorrido real como sí se logró con la Comunidad de Las Brisas. Fue así como propusimos hacer un mapa a varias manos en una superficie de cartulina blanca lo suficientemente grande.

Dibujaron el parque central, la escuela, el río, la entrada o salida por Mampuján, las casas de cada una de las familias, los árboles, las esquinas. Entre todos lograron hacer una descripción lo suficientemente ilustrada, inclusive para aquellos que no conocimos el pueblo. Se sumaron detalles desde los sentidos: colores, texturas, formas y otros elementos que permitían no sólo tener una referencia espacial, sino emotiva y sensorial.

Luego, por parejas, imaginaron un recorrido de un punto a otros por el pue-

blo; señalaron el recorrido en el mapa y relataron oralmente lo que habían hecho y encontrado en el camino. Volvieron a vivir la vida cotidiana que llevaban en su pueblo, los quehaceres, las aficiones, las costumbres, los lugares de paso más concurridos, etc. Como lo que sucedió fue hace tanto tiempo y muchos de los niños y jóvenes no conocieron Tabaco, fue interesante ver cómo recorrían de la mano imaginaria de un lugareño las calles, esquinas y lugares de ese pueblo imaginado.

De este ejercicio se derivó la escritura de las pequeñas crónicas, como un complemento a las narraciones que ya habían tejido a través de la oralidad. Al igual que con la comunidad de Las Brisas, quienes no escriben ni leen contaron con el apoyo de sus propios compañeros o de los facilitadores, de tal manera que todos pudiésemos tener el poder del relato. A continuación, algunas crónicas de los miembros de la comunidad de Tabaco.

Ese 9 de agosto de 2001

Por: Rogelio Ustate

Después de rayar el sol, se sintió el estridente ruido de una procesión de equipos pesados, que de forma fastidiosa se incrustaban en los oídos de los habitantes de la comunidad étnica de Tabaco.

Recuerdo que eran las 10:30 a.m. cuando, arbitrariamente, la juez Marta Peñaloza y los funcionarios de Intercor ordenaban preñados de felicidad que demolieran las viviendas, sin ninguna contemplación.

Ese fatídico día sólo dejó tristeza cuando los buldóceres embestían contra las humildes viviendas, acabando así con los sueños repetidos de una colectividad. En pocos minutos esas máquinas -que hasta parecían sonreír sobre los muertos- acabaron con aquel sitio de sentimiento sagrado y con la tranquilidad de los buenos espíritus que jamás pensaron ser tocados por las manos criminales de las multinacionales de las cuales cuelga una sangrienta codicia que ha dejado nefastas consecuencias en el territorio guajiro

Después de arrasar con las viviendas, dispusieron unos camiones donde las personas embarcaron los pocos enseres y herramientas de trabajo que pudieron rescatar de los escombros; luego los llevaron a una bodega en el municipio de Hatonuevo. Hoy todos esos objetos son presas del comején.

No quisiera que ninguna persona pase por ese cruel desarraigo. Muchas familias se refugiaron en casas de familiares y amigos en lugares como Albania, Chancleta, Barrancas, Fonseca, Cuestecita, Riohacha, Villa Nueva, Valledupar, Hatonuevo, Barranquilla y Venezuela. Ellos se apiadaron de su condición de desplazados a sangre y fuego a causa de la multinacional explotadora de carbón a cielo abierto más grande de América Latina y una de las más grandes del mundo.

Desde ese agónico momento, comenzó la lucha por defender los derechos humanos, en la cual un grupo de personas, en compañía de ONGs -como CINEP- y la asesoría de abogados defensores de derechos humanos, instauraron más de un centenar de acciones jurídicas, fallando una a favor en el año

2002, en la cual la corte ordenó a la alcaldía municipal de Hatonuevo que se reconstruyera la comunidad de Tabaco con toda su infraestructura en el término de 48 horas. Hoy, después de 14 largos años, todavía estamos esperando, sumidos en el seno de la extrema pobreza, la tan anhelada reubicación que ordenó la honorable corte.

La economía de la comunidad negra de Tabaco se basaba en la producción agrícola y pecuaria; hoy no podemos trabajar porque no tenemos tierra donde hacerlo. Por tan evidente razón, hoy somos consumidores y no productores, cargamos prendido en el alma un infinito dolor y muchas enfermedades a causa de la contaminación que está dejando la multinacional del Cerrejón en el territorio Guajiro.



Campesino
Omar García.
Vereda
Las Brisas.

Ni los detuvo la presencia de nuestros niños

Por: Ángel Pereira Daza

En el año de 1984, Tabaco era un pueblo de paz y armonía, de mucho progreso, rico en ganadería, flora y fauna. Ahí, en ese pueblo, crecí y tuve un hijo llamado Angello. Él nació en el 2001.

El 9 de agosto del 2001 es una fecha trágica que nos sucedió a todos los de Tabaco, cuando llegaron las multinacionales Carbocol e Intercor y nos sacaron de nuestro pueblo a la fuerza, destruyendo nuestras casas. Fueron tan malvados que no tuvieron compasión con nosotros, ni con nuestros niños. Ellos sembraron el terror en nuestro pueblo, hicieron de éste un lugar estéril y contaminado; causaron hambre, zozobra y dolor. Eso pasó hace más de catorce años y seguimos sufriendo; no tenemos un terruño para descansar de tanto dolor. Queremos vivir como antes, en paz y armonía, respirando un ambiente sano. Me quedo sin palabras. Lo único que quiero es que reubiquen nuestro pueblo.

Soñamos con volver a Tabaco

Por: **Tulia Pereira Daza**

Recuerdo yo, Tulia Pereira Daza, cuando mi padre, Juan Pérez, y mi mami, Mirian Daza Bermúdez, nos contaban a mis hermanos -Ángel Pereira, Andrés Pereira, Juan Pérez, Juana Pérez- y a mí las edades en las que cada uno había llegado a Tabaco. Yo de un año y medio, Ángel de 3 años, Juan y Juana nacieron en Tabaco en 1992 y 1994 respectivamente. En el año 2000, nació allí mismo otra de mis hermanitas, Kellys Daza Bermúdez.

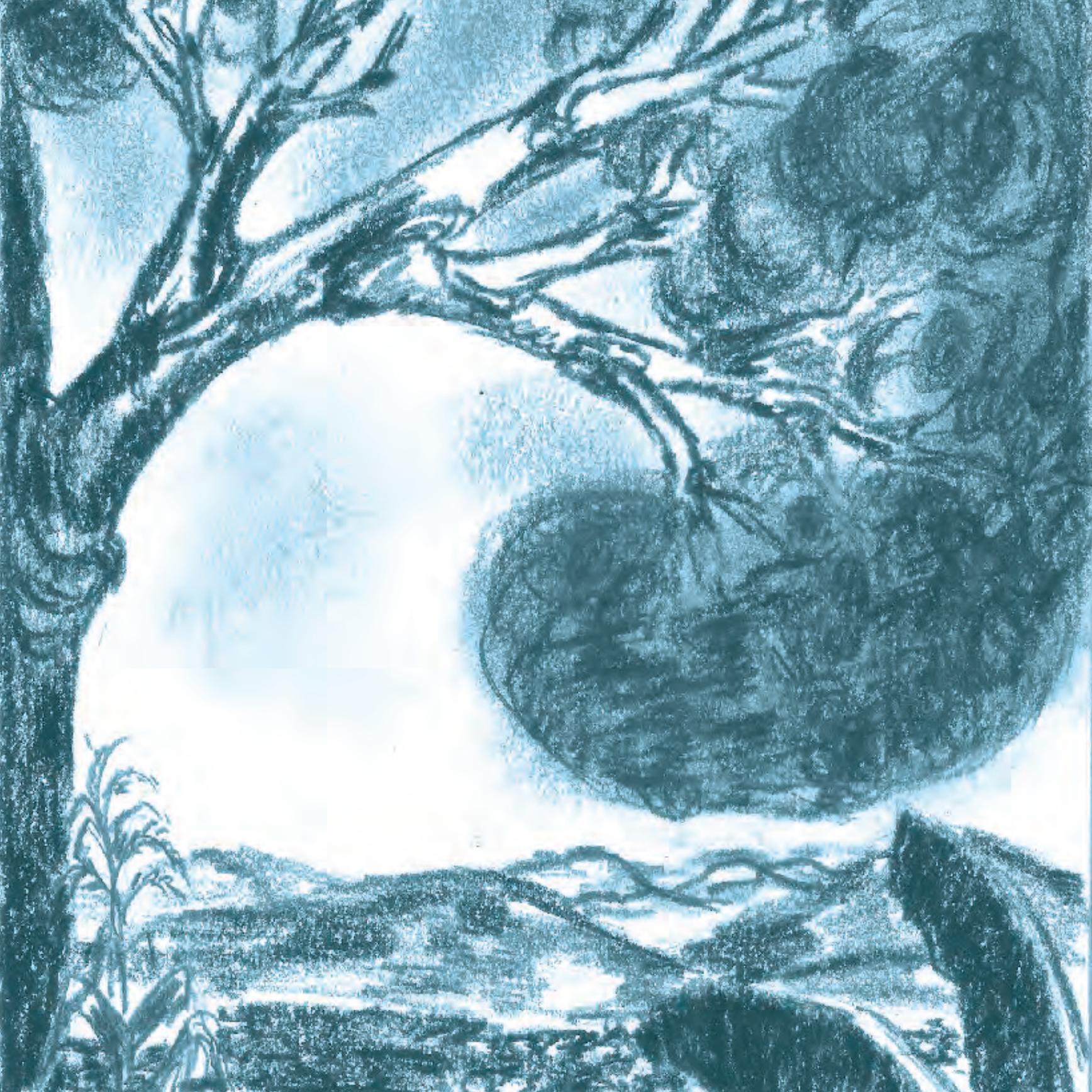
Todos crecimos en Tabaco: una comunidad pujante de ambiente sano, donde disfrutábamos de nuestra niñez y adolescencia, de nuestras fiestas patronales del 3 de noviembre, del río, de la pesca, la agricultura, la ganadería, la diversidad de flora y fauna, hasta de la caza. Recuerdo que cuando iba al colegio con mis hermanos, nos tocaba caminar mucho desde la finca La Lucha hasta el colegio. Jugábamos por el camino y cuando salíamos al recreo también. Nuestros amigos del Tabaco eran y siguen siendo gente trabajadora del campo. Son personas muy amables. Puedo decir que, como

Tabaco, no hay otra comunidad.

Hasta que un día llegaron los de Intercor y Carbocol -actualmente El Cerrejón- a quitarnos la tierra, a destruir las casas, a actuar en contra de nosotros. Llegaron con antimotines, con apoyo del ejército y con la complicidad de Martha Peñalosa -abogada de las empresas-. Ese día nos golpearon y destruyeron Tabaco totalmente con máquinas pesadas, con retroexcavadoras. Yo, Tulia Pereira, casi muero en medio de Martha Peñalosa y los antimotines.

Emilio Pérez fue golpeado brutalmente por los antimotines en la cabeza. Nos lanzaban gases lacrimógenos, y desde la parte superior de la iglesia comenzó el desalojo desde las ocho de la mañana del 9 de agosto.

El 10 de agosto, vimos a Tabaco destruido. La gente se dispersó a varios lugares; nosotros fuimos a parar a Chancleta, otro pueblo que está a punto de desaparecer por culpa de la minería. Aún tenemos la esperanza de ver nuevamente a Tabaco, un Tabaco reconstruido para poder estar unidos, como antes. Soñamos con el día en el que podamos volver a vivir en nuestro querido Tabaco.



UNA CAJA DE
MADERA VENIDA DE ORIENTE
Y UN MANOJO DE SUSURROS

En la primera sesión con ambas comunidades leímos el cuento eje de este taller: Guillermo Jorge Manuel José. Quisimos utilizar varios dispositivos que pusieron en juego la palabra para compartirla. Por esa razón, propusimos esta primera lectura con el *Kamishibai*, un teatrino de papel que fue y sigue siendo usado para contar historias. Se trata de un artefacto hecho en madera con láminas de cartón en las que, por un lado, está la imagen y, por el otro, el texto escrito de la historia. Llevar ese objeto a ambas comunidades fue una de las cosas que más los impactó. Rafael Posso dijo en varias ocasiones que el mejor médico o psicólogo es el *kamishibai*, refiriéndose al poder del relato en la vida de las personas, no sólo porque a través del relato es posible canalizar las experiencias vitales de los seres humanos, sino porque la literatura y, en general, el arte, permite una mirada distinta del mundo por el valor estético que implica.

En otra de las sesiones del taller propusimos un ejercicio de lectura de imágenes del libro *La cosa perdida* de Shaun Tan, una historia que a todas luces nada tenía que ver con el contexto de las comunidades porque es una historia muy

urbana y de un alto grado de fantasía. Sin embargo, una historia habitada por cosas marginadas por una sociedad homogenizada, gris y monótona. La intención de compartir esa historia era precisamente poner en el centro del encuentro una realidad completamente distinta a la de ellos y hacer un ejercicio de interpretación a través de las imágenes utilizando este objeto para contar.

Otro dispositivo que utilizamos en unos de los rituales fueron los susurradores. Se trata de tubos de cartón que se utilizan para susurrar al oído fragmentos de textos: poemas, cuentos cortos, frases, canciones. En el ritual, se usaron los susurradores para contar una pequeña historia varias veces, de la boca al oído del compañero del lado. A través de susurros, los participantes trataron de mantener vivo el relato para luego, de manera libre, decirse mensajes dirigidos a alguien en especial con el que se quisieran comunicar. Fue un momento compartido muy significativo, de palabras compartidas; otro modo de comunicarse. Al comienzo, teníamos el temor de que por el contexto no fuera tan apropiado, pero luego nos dimos cuenta que tenía el efecto deseado y que muchos se transportaron a los juegos de

la niñez, al teléfono roto, a las adivinanzas y a otros juegos de palabras.

Para ilustrar un poco más el proceso desarrollado con las comunidades con el *kamishibai*, a continuación incluiremos unas instrucciones muy sencillas para aprovecharlos, ya que en ambos casos se quedaron con este dispositivo. Vale la pena aclarar que las pautas que presentamos a continuación son sólo posibilidades de uso y que es posible narrar, leer y publicar ejercicios de creación a través de este artefacto.

Usos del *kamishibai*

Para narrar:

El *kamishibai* puede utilizarse como un teatro en el cual es posible acompañar la narración oral de la historia con imágenes creadas por la comunidad y realizadas a través de técnicas muy sencillas: fotografía, el collage, el grabado o la ilustración con colores o marcadores.

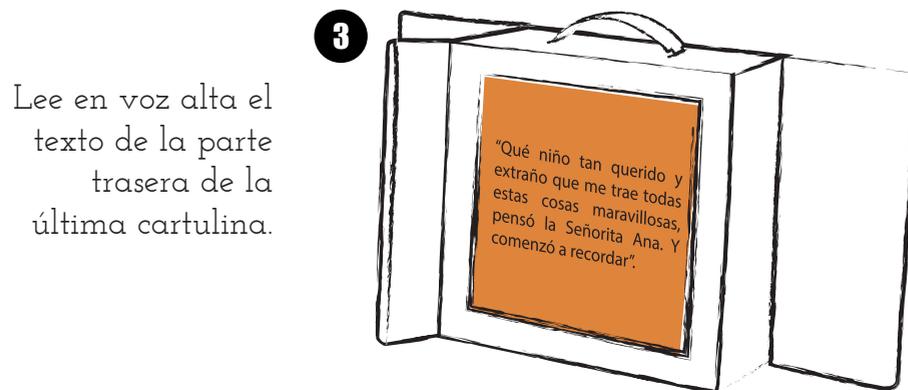
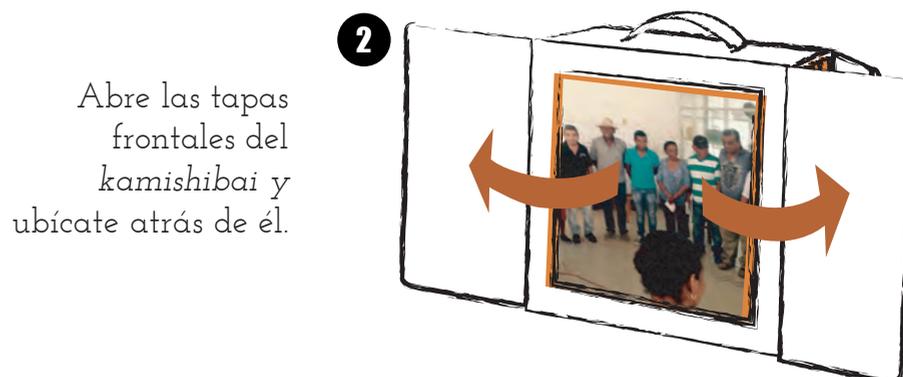
Para leer:

Se utilizan láminas de cartón del tamaño del marco del *kamishibai* para que sirvan de soporte de las ilustraciones de un libro. Por otro lado, se organizan los textos escritos de manera tal que sea posible mostrar la imagen por el frente y leer el texto por detrás. El *kamishibai* tiene una estructura de doble marco que permite hacer ese juego. También se pueden leer cuentos a partir de fotografías o de dibujos hechos por la misma comunidad.

Para escribir:

También pueden crearse historias e ilustrarlas. En este caso, el *kamishibai* funciona como un mecanismo de publicación que pone en juego la imagen y las palabras, es decir, las prácticas claves de este proyecto.

Instrucciones de uso *kamishibai*



4

Una vez acabes la lectura, saca la primera cartulina.



5

Pasa la primera cartulina a la parte de atrás.

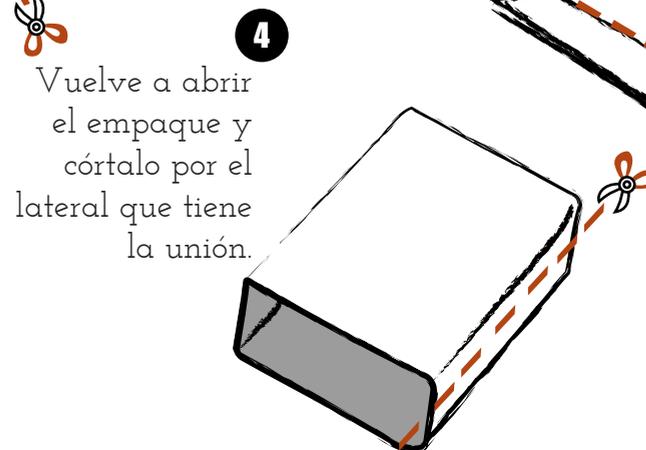
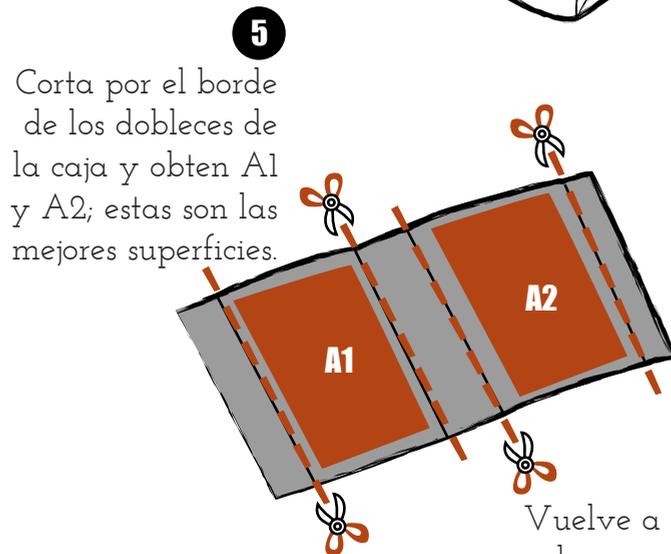
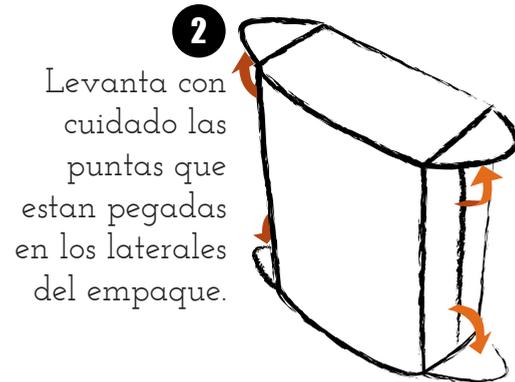


6

Lee el texto de la parte posterior en voz alta y repite los pasos del 4 al 6 hasta volver al primer texto.

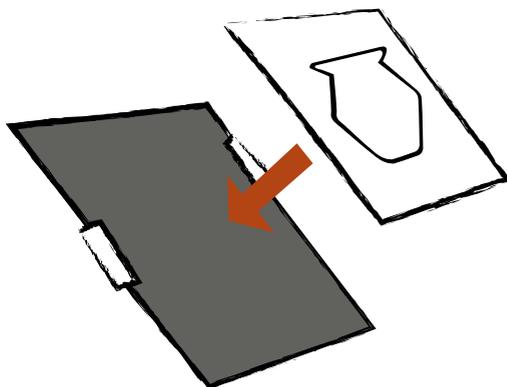


Instrucciones para grabado en tetrapack



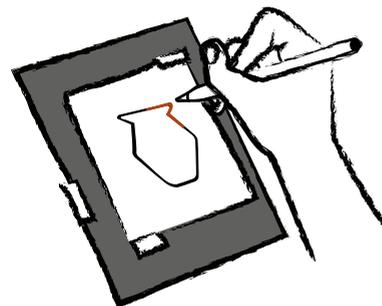
1

Fija la placa de tetrapack a una superficie y luego pon encima el dibujo que quieres realizar. Ten en cuenta que el dibujo debe estar reflejado en espejo, especialmente los textos.

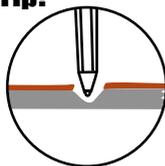


2

Con un esfero, remarca el dibujo con fuerza para que quede grabado sobre el tetrapack.



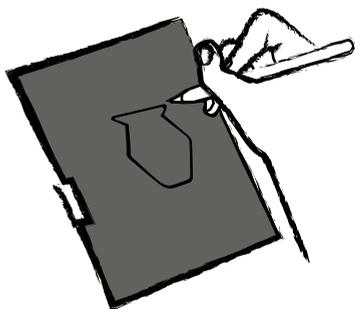
Tip!



Es importante que repases la línea para que el surco quede con la suficiente profundidad, de modo que la tinta no entre en el surco.

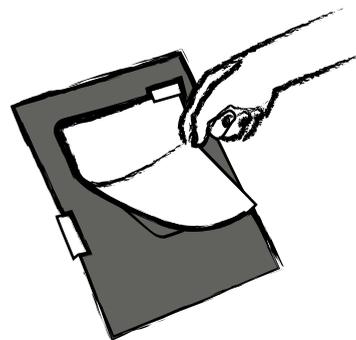
4

Vuelve a marcar el dibujo sobre el tetrapack. Asegúrate de generar la suficiente profundidad en los surcos.

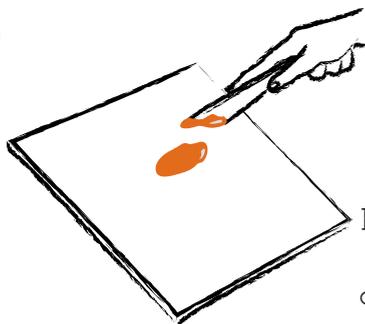


3

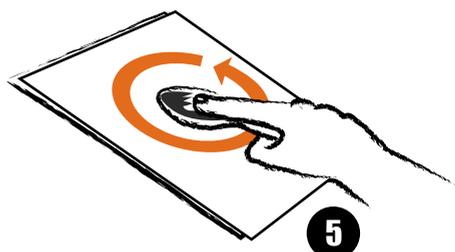
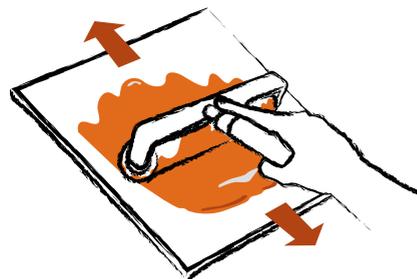
Una vez acabado, retira el dibujo.



1
Aplica pintura sobre una superficie lisa como un vidrio, baldosa esmaltada o metal sin óxido.

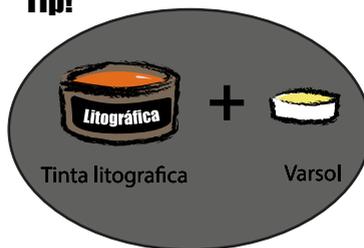


2
Con el rodillo, extiende la pintura sobre la superficie pasando el rodillo de arriba a abajo hasta que la pintura tenga una textura delgada. Puedes aplicar un poco de varsol para disolver la pintura.



5
Con una cuchara, frota con fuerza la superficie de modo uniforme y con movimientos circulares. Retira el papel y déjalo secar por 4 horas aproximadamente.

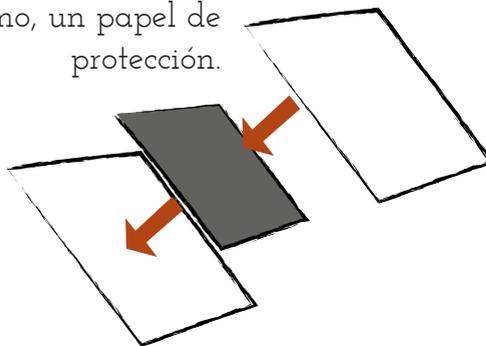
Tip!



3
Con el rodillo, entinta toda la placa de tetrapack. Fíjate en no llenar los surcos de pintura.

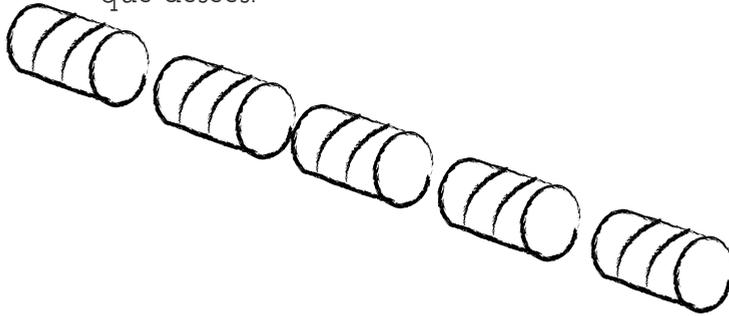


4
Pon el papel a imprimir en la parte de abajo, luego la placa entintada boca abajo y, por último, un papel de protección.

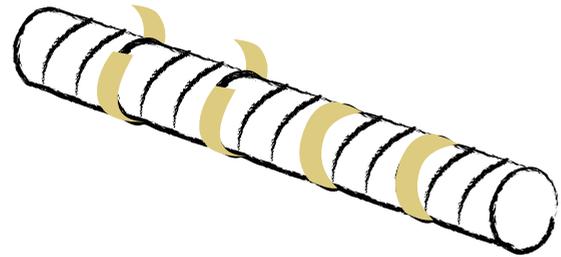


Instrucciones de uso susurradores

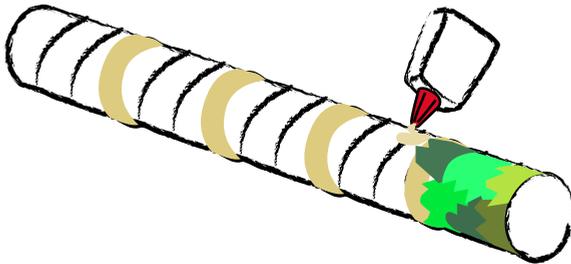
- 1** Consigue 5 rollos de papel higiénico o más, dependiendo del largo que desees.



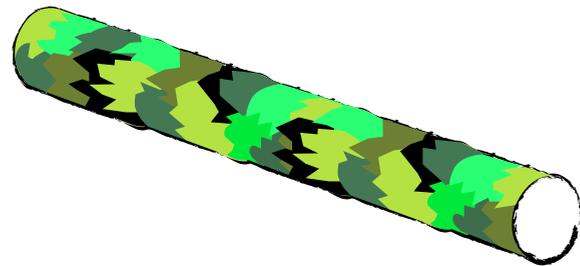
- 2** Une los rollos de papel con cinta de enmascarar.



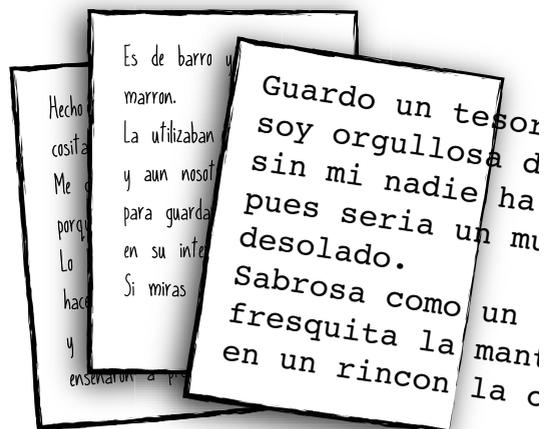
- 3** Decora el tubo con recortes de revista, pedazos de papel, marcadores, pintura o como se te ocurra.



- 4** Una vez decorado está listo para usarse.



- 5** Aprende algunos poemas, adivinanzas, cuentos, o lo que se te ocurra.



- 6** Recita a alguien lo que aprendiste y recuerda, no hay necesidad de subir la voz. ¡Susurra las palabras y deja que fluyan!





Susurradores y *Kamishibai*. Comunidades de Tabaco y Las Brisas.





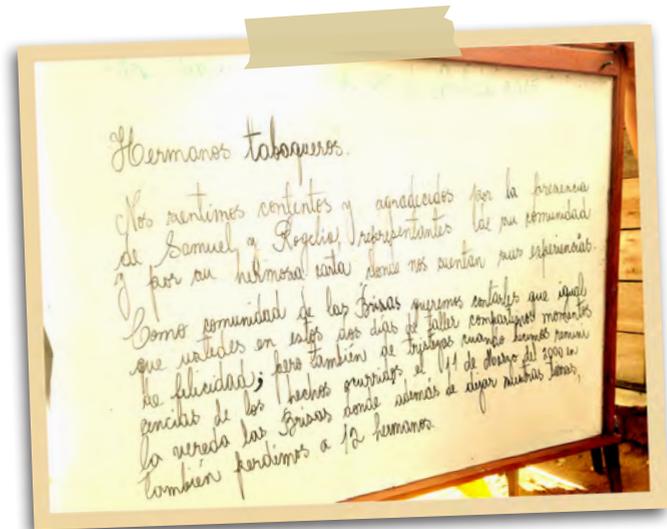
PALABRAS QUE VAN Y
VIENEN EN FORMA DE
POSTAL O DE SOBRE

Con la convicción de que era necesario buscar el modo de crear una relación entre las comunidades, que estuviera apoyado inicialmente por las visitas que hacían algunos líderes a la otra comunidad, ideamos una estrategia epistolar a través de la cual fuera posible que se contaran entre las comunidades sus procesos e inquietudes vitales. A partir de la primera sesión fue posible esa correspondencia: los primeros que escribieron una carta fueron los de Tabaco y, como las sesiones se hacían de manera intercalada, nosotros actuábamos como correo humano. La presencia de los líderes en las primeras sesiones fue clave, así como el encuentro gracias a la participación de ellos en el conversatorio y demás actividades de la Feria Internacional del Libro, en Bogotá.

A partir de la segunda carta, a ellos mismos se les ocurrió la idea de enviar junto con la carta una muestra de su gastronomía. La comunidad de Tabaco envió a la comunidad de Las Brisas unas cachapas (arepas típicas de esa región) y de regreso les enviaron unas María Luisas (bizcochos también típicos de la región). Para la tercera sesión, se tomaron fotos colectivas que luego fueron convertidas en imágenes de postal

acompañadas de los mensajes que querían compartirles.

El proceso de escritura de las cartas fue colectivo, es decir, un ejercicio de concertación de lo que querían comunicar que luego era escrito en un tablero o directamente en un documento a través de celular. Luego nosotros transcribíamos las cartas, las acompañábamos de fotos, llevábamos los encargos o diseñábamos las postales. Al final de cada sesión, se leía la carta que les habían enviado y se respondía. Esta es una pequeña muestra de las cartas que estas dos comunidades se enviaron durante el proceso.



Primera escritura colectiva de carta
Las Brisas a Tabaco



Segunda escritura colectiva de carta
Las Brisas a Tabaco



Lectura en voz alta de la carta recibida por la
comunidad de Las Brisas desde Tabaco

[Redacted]

Querida Comunidad de Las Brisas:

Los saludamos en unión de toda la Comunidad de Tabaco. Queremos expresarles lo maravilloso que hemos pasado ayer y hoy realizando las actividades propuestas en este taller. Nos ha permitido toda nuestra historia, tristezas que vivimos hace 14 años durante el desalojo de nuestra comunidad por culpa de la minería (El Cerrejón). Hemos estado, desde entonces, firmes, en pie de lucha, teniendo la esperanza y la convicción de que algún día podamos volver a ser la misma comunidad que compartíamos cultura, costumbres... Soñamos con volver a cultivar nuestros alimentos, disfrutar la naturaleza, aire puro, agua limpia... En todo caso, un ambiente sano para nosotros y nuestros hijos. Quisiéramos que ustedes nos contaran de su historia, cuáles son sus costumbres, gastronomía, pero, sobre todo, quisiéramos saber que les pasó y cómo han llevado adelante esa lucha. Quisiéramos construir lazos de hermandad, pues estamos convencidos de que unidos seremos más fuertes. Estamos muy agradecidos por el tiempo compartido con sus compañeros Martha y Rafael. Gracias. Les enviamos fotos del encuentro realizado y esperamos de vuelta del correo que nos compartan también su experiencia.

Besos y abrazos en unión de todos nosotros, Los Tabaqueros.



Hatonuevo (La Guajira)
29 de marzo de 2015.



Foto postal. Comunidad de Tabaco.

Queridos hermanos de la comunidad tabaquera:

Les escribimos mientras saboreamos las ricas cachapas que ustedes nos enviaron que, aunque con moho, nos las comimos y las encontramos riquísimas. Lo que no nos gustó es que fueran tan pocas. Nosotros también hemos disfrutado los talleres y hemos sacado mucho provecho. Como muestra de agradecimiento, les enviaremos con la carta una muestra de nuestra gastronomía, las famosas Maria Luisas para que las compartan en comunidad (escóndanselas al Osito). Pero eso sí, no piensen que son gratis, porque nos tienen que mandar Chiqui-chiqui. Queremos hacerles una advertencia. Díganles a sus mujeres que preparen a sus maridos para que aguanten el ajeteo. Sepan que nuestras puertas están abiertas para cuando quieran venir, si quieren mañana mismo.

Reciban un abrazo montemariano para los hombres y besos para las mujeres. Comunidad de Las Brisas.



San Juan Nepomuceno
(Bolívar)

26 de abril de 2015



Foto postal. Comunidad de Las Brisas.



LA ÑAPA

Objetos como despertadores de memorias

Por: Liliana Moreno Martínez

*"La memoria es un río habitado por peces esquivos.
Se parece mucho a un cuadro de Paul Klee.
A veces, los recuerdos brincan fuera del agua y
enseñan su lomo plateado y curvo. Pero en otras
ocasiones, necesitamos pescarlos.
Los objetos son anzuelos para pescar recuerdos.
O redes barrederas para lo mismo. Son despertadores
de la memoria".*

Justo Pastor Mellado, 1999

Don Adriano Yepes Rodríguez no preguntó. Ni dijo nada. Simplemente se agachó y comenzó a dibujar. Primero trazó la vía principal que conecta a San Juan Nepomuceno con Cartagena. Luego dibujó una gran isla —los Montes de María—, y como tres pequeñas porciones los municipios de María la Baja, San Juan y San Jacinto.

—Mampuján pertenece a María la Baja, Las Brisas es de San Juan—aclaró en voz baja, mientras seguía trazando con su machete el Canal de Dique.

Se detuvo en seco, analizó el mapa y pensó un rato. Exactamente, el mismo gesto que hacía mi abuelo cuando, una vez puesto el disco, se detenía a pensar antes de subir la aguja que se deslizaría sobre el vinilo. Pero la aguja del tocadiscos de mi abuelo era ahora la punta del machete de Don Adriano que seguía deslizándose por la tierra, describiendo un círculo perfecto.

—Como por acá, vivíamos todos, con nuestras familias —comentó con nostalgia—, y justo aquí está todavía nuestro árbol de tamarindo— agregó, mientras pintaba con insistencia una cruz.

—Actualmente, estamos trabajando con la comunidad de Las Brisas, sobrevivientes de la masacre del 11 de marzo de 2000, y con los habitantes de Tabaco, gente despojada de su territorio por causa de la minería, en pleno centro de La Guajira —cuenta Kalia Ronderos, coordinadora del proyecto *Impreso en la Memoria*—. Desde abril estamos desarrollando los encuentros de forma intercalada— agrega.

Llegamos a Hatonuevo la tarde del viernes 3 de abril de 2015. Veníamos de Valledupar en una 4x4 —con media nalga dormida—, el equipaje, los materiales, la cámara y los demás implementos de grabación. Todavía no estábamos acostumbrados al calor, pero estábamos listos y llenos de expectativas por el nuevo reto que enfrentábamos todos. A la mañana siguiente, estuvimos en el lugar a las 8 en punto —queríamos tener listo el espacio y los materiales antes de que llegaran nuestros invitados—. Todo comenzó cuando llegamos al lugar, en uno de los salones de la Casa de la Cultura de Hatonuevo.

Después de una hora de taller, concluimos que para hablar de la memoria no necesitábamos piso de baldosa, grandes ventanales y aire acondicionado. No era que el lugar estuviera mal, para nada; lo que necesitábamos era un espacio distinto.

—Algo que esté en sintonía con la naturaleza del encuentro, el acto desnudo de la palabra, la posibilidad amplia del gesto y la elocuencia del silencio —comenté a Federico al final de la primera jornada—.

Pero ya iniciado el día tuvimos que acomodarnos –las cosas igual salieron bien–.

En los siguientes encuentros, tanto en Hatunuevo como en San Juan, lo logramos. Piso de tierra, buena brisa, la sombra fresca de un palo de mango y, por supuesto sillas y mesas. Ya sabíamos que hacer el taller en un lugar que no fuera así era como cocinar sancocho trifásico en estufa eléctrica –un verdadero sacrilegio, al menos para la gente que sabe de la magia de la leña y de los sabores del campo–.

Quien sabe contar sabe escribir. No es casualidad que en la portada de la bitácora de Don Adriano haya dibujado un mapa muy parecido al que dibujó en la tierra y en la contraportada un hermoso tamarindo en medio de un cielo azul. Mientras fabricábamos las bitácoras, alguien comentó que, después de la masacre, el árbol se había secado por completo.

–Ahora que hemos vuelto, ha comenzado a revivir– cuenta don Julio Mercado, mientras con la segueta abre zanjas por el lomo del papel prensado, en pleno ejercicio de construcción de las bitácoras.

–Yo no voy a comprar más libretas ni cuadernos– vaticinó Elvis Arregoces– Esa plata me la gasto mejor en zapatos o en comida.

Hasta Don Adriano supo que, con esa técnica de encuadernación, podía publicar en adelante sus libros de poemas y así venderlos mejor.

–Yo dibujé en la portada la casa que tenía en Las Brisas, antes de que mataran a mi esposo y a mis dos hijos varones– comentó con tristeza Etelinda.

–Yo le puse a mi portada una moto; algún día quiero tener una– agregó Yefer Rivero, uno de los más jóvenes del grupo.

Hicimos las bitácoras pensando que en sí mismas eran un objeto para contar, escribir y dibujar, no sólo para usar en el taller sino también para lo que ellos quisieran expresar: inventarios de objetos, borradores de adivinanzas, bocetos de dibujos, fragmentos de poemas, décimas, pequeñas historias o reflexiones sobre el día de la masacre o el desalojo, datos concretos sobre su vida, inclusive fragmentos de las

historias leídas en el taller, como el cuento Guillermo Jorge Manuel José. Don Adriano escribió en su bitácora:

“¿Quién fue Guillermo Jorge Manuel José? Fue un querido niño que, por naturaleza, nació con un conocimiento ideológico. Era tan querendón, amigo y servicial (...) que valerosamente se encariñó con modestia de una pobre señora (...) ¿Quién era esa señora? (...) era Ana Josefina Rosa Isabel, quien tenía cuatro nombres igual que el niño, porque gracias a la naturaleza, ella se encarnó en el espíritu del niño”.

Algunos fluían solos en la escritura. Pero, ¿qué hacer para que los que ni podían firmar escribieran? Alguna vez aprendí —y qué bueno que haya sido antes de participar en este proyecto— que para escribir no es necesario escribir —parece un trabalenguas—; que es posible escribir sin utilizar el código escrito. De este modo, los niños más pequeños y las personas analfabetas pueden crear sus historias oralmente para que alguien las transcriba. Porque todos, absolutamente todos, somos portadores de relatos. Contar y escuchar historias es algo humano: yo diría que es el corazón de la memoria.

Ese principio de realidad y la práctica que ya había desarrollado en otro momento me han permitido poner en juego en este taller algunos principios claves. Por un lado, que es necesario encontrar el impulso adecuado para que todos quieran escribir, contar y dibujar; por otro, que lo que propuesto esté relacionado con sus motivaciones profundas, con la vida misma, con algo tan sublime como los sueños y tan concreto como la cotidianidad —como dicen por ahí, si el arte y la literatura no tiene que ver con la vida misma, entonces para qué el arte o la literatura—; y por otro, que lo hagan de manera colaborativa, es decir, que independientemente de si el ejercicio era individual o colectivo todos estuvieran atentos del trabajo de todos para compensar debilidades y aprovechar fortalezas.

En el componente gráfico, las premisas metodológicas fueron las mismas, con el asunto adicional de comenzar a desbaratar el mito de que dibujar es reproducir de la manera más exacta la realidad, dando paso a otras formas de representar a través de la línea: la mancha, la forma y el fondo, es decir, encontrar nuevas posibilidades expresivas en la imagen.

Lo que más impactó de todo lo que hicimos en materia de ilustración fue cuando trabajamos con la técnica del grabado. A partir de trazos muy sencillos sacados de sus propios dibujos, Gustavo Santa —el tallerista a cargo del componente gráfico— hizo posible que ellos pudieran crear otra versión de la ilustración de sus objetos; lo mejor fue descubrir que podían hacer tantas reproducciones como quisieran. Todos pudieron hacerlo: combinar los colores, pasar el rodillo por la plancha y luego pasarlo por la lámina de tetra pack. Orgullosos, al final colgaban sus creaciones en las cuerdas y observaban junto a la suya las obras de sus compañeros. La brisa movía al compás el trabajo que habían hecho durante toda esa tarde. La felicidad que produce la satisfacción también ondeaba en sus ojos.

Para nosotros, desde el comienzo fue importante hacer los rituales y los ejercicios con la complicidad de piedras, semillas y hojas; escribir al aire libre con las chicharras como banda sonora y las hormigas disputándonos las delicias que compartíamos en el almuerzo. Colgar -si se requería- el micrófono de la rama de un árbol; utilizar el tablero suspendido de

cualquier parte (a la vieja usanza de las escuelas rurales); improvisar una gran mesa; secar los grabados y exponer los dibujos en cuerdas de colgar ropa con ganchos de madera e inclusive, usar la tierra como si fueran hojas de papel para dibujar. Esos rituales eran ese impulso que estábamos buscando. Unido al ritual, necesitábamos un gran pretexto para activar los ejercicios.

Ese pretexto fue desde el comienzo el mismo: los objetos como aquello que hilaba todo el taller. Objetos para recuperar la memoria individual y colectiva de manera vital y creativa. Y eso significaba para nosotros ir más allá del objeto como testimonio o como pertenencia; eso significaba que con ellos también podíamos proponer acciones concretas, modos de relatar a través de la acción, modos de interactuar, mecanismos para hacer, no sólo en relación con nosotros mismos sino en relación con los otros. En otras palabras, objetos de mediación, un concepto que bien podría haber inventado el especialista Jesús Martín Barbero —experto en temas de comunicación y mediación—, pero que él llama simplemente medios.

Trataré de explicarlo con un par de ejemplos, acciones desarrolladas durante los rituales o como parte de un ejercicio del taller. Una mañana, nos sentamos en círculo y Kalia nos pidió a todos que buscáramos objetos que tuviéramos a mano –de la naturaleza misma o que ellos traíamos con nosotros–. Trajeron, con un manojo de hojas, un lápiz, una naranja, un mango, un balde dañado, una hoja escrita, un sombrero voltiao, una mochila, una bolsa de agua, una flor, un abanico, una bitácora y un trozo de madera. Luego nos pidió que antes de hacer con esos objetos una imagen pensáramos en lo que habíamos traído para el taller y en lo que nos llevaríamos una vez hayamos terminado. El ejercicio resultó más potente de lo que todos pensábamos. Cada uno dibujó en el suelo con su objeto, pensó en la manera de componer no sólo una imagen –dijo Gustavo concentrado– sino un bodegón vivo. Cada frase que se decía salía del fondo del corazón. Fue uno de los ejercicios más conmovedores del taller.

Otro ejemplo fue el día que usamos por primera vez el *Kamishibai* para leer en voz alta el cuento de Guillermo Jorge. Con esa his-

toria de entrada, saqué el mueble de madera –nadie lo había visto hasta ese momento– y lo abrí. El efecto creado por su mágica presencia conmovió a los participantes y la historia que leí caló de manera especial. Algo similar pasó cuando en uno de los rituales saqué un pequeño susurrador y comenzamos a decirnos cosas, o cuando saqué una pequeña caja de música y con los ojos vendados fue pasando de mano en mano. Todos ellos son objetos que activan la palabra, que hacen que la memoria sea algo vivo, algo presente. Son objetos de memoria, pero también de mediación.

Van y vienen. Amarradas de las patas van de un lugar a otro, gracias al vuelo que han alzado las palomas mensajeras desde siempre. Así llegaron por mucho tiempo las cartas –ahora menos–, o gracias a las piernas atléticas de algunos *chasquis* –incas que corrían kilómetros para que, como si fuera una carrera de posta, se pasaran de mano en mano mensajes y objetos–. Así se comunicaban antes las gentes de las regiones más apartadas; de esa manera se hacían propuestas de amor, se declaraba la guerra o se transmitía las buenas y malas noticias. Así hicimos alguna vez nosotros

mismos, cuando enviábamos cartas, postales o telegramas a nuestros amigos y seres queridos.

Y así quisimos hacer en este proyecto. Traer la nostálgica memoria de las cartas a las vidas de los participantes y en todo caso, crear un modo de difundir esa memoria no sólo entre ellos, o ante el resto del país, sino entre ellos mismos —las mismas comunidades—, porque como dijo Rafael Posso en el conversatorio que hicimos en la feria del libro 2015: “quienes hemos sufrido hechos victimizantes somos una misma comunidad”. Por eso, primero quisimos provocar el encuentro entre comunidades, invitando a la primera sesión a sus representantes. Luego, propusimos que a través de cartas se contarán libremente lo que quisieran. Y toda esta apuesta comenzó en Hatonuevo. A varias voces y manos se tejieron las primeras palabras que en forma de hoja y de sobre llevaríamos —a manera de correo humano— a San Juan Nepomuceno, a sus destinatarios. Así, desde comienzos de abril hasta ahora, cartas van y vienen: entre los Montes de María y la zona central de La Guajira.

A través de cartas, contaron lo que les había sucedido hace quince años y de la

lucha que han librado desde hace cuatro, de las denuncias que han hecho a nivel nacional e internacional; de cómo El Cerrejón, con ayuda del Estado, les había quitado sus tierras, contaminado sus aguas, robado los sueños de seguir cultivando sus alimentos. Les pidieron que ellos también les contaran del taller —que enviaran fotos—, de sus costumbres y gastronomía, y que les contaran de las causas de su historia de dolor y de la lucha que ellos también estaban adelantando.

—Sabemos que ellos, como nosotros, tienen mucho que contar. Es un dolor que necesitan decir, una historia que todos debemos saber —opinó Tulia Pereira en una de las sesiones.

—Ojalá llovieran cartas por todos los rincones del mundo para que ninguna historia se quede sin la posibilidad de ser escuchada y contada —pensé yo.

Quince días después, les llevamos la respuesta: una carta llena de palabras y una caja cargada con mucha dulzura. Rogelio Ustate, poeta y líder activo de la comunidad de Tabaco, abrió el sobre y la leyó en voz alta a sus compañeros.

Las cartas han sido el modo real de tener quién les lea, quién quiera saber un poco más de la tragedia que vivieron o de su región. Así, desde la primera carta, ambas comunidades han buscado el modo de decirse que no se rindan, que no están solos, que acompañados es más fácil seguir adelante, sin olvidar el pasado, haciendo memoria, contando los hechos que vivieron, buscando nuevas formas de encontrarse y compartir.

Pero volvamos al primer día, al ritual de iniciación al momento en el que Don Adriano, después de hacer un detallado mapa, se levantó y comenzó a hablar con los ojos cerrados del árbol de tamarindo que había señalado en la tierra con una cruz.

—En este mismo Árbol de Tamarindo en el que nos reuníamos— dijo señalando con la punta— aquí mismo mataron a los Mercado. A ustedes les consta que todos éramos una misma familia —tomó aire y continuó—. Del tronco más fuerte los colgaron y torturaron. Y antes de matarlos, los mutilaron y desollaron, saliéndoles por pedazos toditica la piel —añadió pasando la palma de mano por encima de mi brazo—. Finalmente los de-

gollaron— dijo en voz baja y luego de una pausa agregó—. Casi no nos dejan cuerpos pa' enterrar.

La mayoría comenzamos a llorar. Don Adriano se secó el sudor de la frente con el reverso de la mano —por debajo del sombrero—. Por último, trazó un último camino desde el árbol hasta San Juan, dibujando con líneas quebradas las trochas que tuvieron que pasar.

—Por este camino sacamos en caballos los doce cadáveres de nuestros seres queridos —dijo un poco más compuesto—. Fue necesario atravesarlos en los lomos para poderlos llevar a San Juan. En el camino, muchos se estropearon—suspiró y terminó diciendo—. Nosotros sólo queríamos darles humana sepultura”.

El sentido de las cosas

Por: **Stephanie Suárez**

Desde el arte, los objetos siempre han poseído una irrefutable carga simbólica y esto es, evidentemente, parte del arte mismo. Ubicados dentro de una convención común que los dota de un significado, los objetos pasan a ser poseedores de un estatus que poco o nada tiene que ver con sus funcionalidades y que la subjetividad no puede deshacer por simple capricho. El arte en el siglo pasado, al igual que la sociología, nos ha enseñado que es posible que cualquier cosa (una mesa, una llanta o hasta la misma basura) puedan, a través de la cultura y su discurso, transformarse en algo nuevo, equiparable con las más exquisitas creaciones de la historia de la plástica. Este es el poder de las palabras y, sobre todo, el poder humano de darle vida a lo inanimado.

Fuera del arte, cuando un objeto pasa a representar una idea o un sentimiento de una comunidad sin que haya un acuerdo previo sobre eso, sabemos que tácitamente ese objeto hace parte de la vida común y se relaciona de una manera similar con cada

habitante. Cuando se trata de crear y trabajar, necesariamente tendremos un producto tangible a partir de lo existente; cuando se inventa, se siembra, o cuando se trabaja la naturaleza, siempre hay un ciclo y un resultado elaborado que con el tiempo otorga lugar e importancia a una cosa que antes o para otros puede no significar nada.

La creación deja sus obras y también huellas de su proceso pero, como veremos a continuación, la destrucción también. Esta última, vista como esa acción negativa que arrasa lo construido y que cubre de un velo oscuro lo devastado, puede sin duda cambiar también el significado de las cosas y lo que representan. Un acto de violencia puede trastocar, por medio de una nueva asociación, la definición más elemental de algo y dejar una nostalgia honda por esa pérdida impuesta y arbitraria.

Y es cuando puede llegarse a preguntar alguien: ¿es posible restaurar un significado? ¿Es posible deshacer el efecto negativo de una alteración del orden conocido? ¿Es posible quitar una carga sombría del recuerdo de una cosa concreta y convertirla en algo nuevo cuando terceros han

transgredido ese acuerdo que se tenía sobre ella? Más cuando los objetos (o el cuerpo mismo) llevan esos signos de violencia y cuando, íntimamente, los recuerdos hacen parte de una conciencia que lucha por la dignidad.

Esto es, sin duda, un dilema en el cual se hace visible el alcance de la violencia que traspasa lo material y alcanza construcciones sociales invisibles. Por esto, es indispensable hablar aquí de la memoria no sólo como una cuestión orgánica, sino como una construcción común que responde a las necesidades de identidad y que en esa misma medida proporciona reconocimiento.

Todos los acuerdos sobre los significados, las costumbres y los objetos de un grupo se transmiten de generación en generación y hacen parte de la identidad de una comunidad. Cuando se infringe este acuerdo a través de la violencia, vemos como inclusive a pesar de la indecible injusticia que esto representa, no todo se pierde. Hay una fuerza mayor en la memoria individual y colectiva que lucha e intenta sobreponerse, buscando volver a levantar lo que otros han derrumbado por la fuerza.

Si hay un camino para restituir ese significado que ha sido arrebatado o manipulado, es necesario volver a las definiciones primarias. Es allí cuando surgen otros interrogantes: ¿cómo recuperarlos? ¿Cómo devolverles esa vida que tuvieron antes, sin olvidar el acto que los distorsionó y que es necesario rechazar porque van en contra de todos los derechos?

Estas preguntas pueden resolverse con el texto que sigue. No se trata sólo de los resultados narrativos y gráficos de un trabajo con dos comunidades que sufrieron la violencia y el desplazamiento. Se trata de una visión panorámica de los efectos de la violencia en una comunidad y el proceso para superarlos.

La psicología y el psicoanálisis, al igual que la sociología y las filosofías del lenguaje, han resaltado desde su perspectiva el vínculo sujeto/objeto, en el cual la palabra o el silencio cumplen esa función de lazo que ata al significante y al significado. Cualquier perturbación en esta relación afecta esta conexión que cada sujeto crea a partir de su relación con todo lo que le rodea: espacio y materialidad. La memoria

juega un papel trascendental aquí, ya que es lo que mantiene con constancia la vigencia u obsolescencia de estas relaciones.

Pero más allá de la teoría, están las vivencias de estas dos poblaciones colombianas: Tabaco y Las Brisas. Ante ellas, es necesario echar mano de metodologías distintas que permitan avanzar integralmente hacia una reparación de distintas naturalezas.

El proceso de los talleres realizados y narrados en este libro es tan importante como los resultados a los cuales dieron lugar, pues es el proceso el que va develando la forma en que un objeto cualquiera, aportado por un habitante, pertenece al mecanismo social de cada comunidad.

De la misma manera, emergen códigos establecidos y significados arraigados que subyacen con fuerza a pesar del peso del tiempo y de un presente de carencia muy distinto al pasado recordado. De cada objeto surge una historia; de cada historia, una pena; de cada pena, una esperanza. Paso a paso, las palabras que nombraban momentos difíciles y los objetos que las representaban van

convirtiéndose, no sin el esfuerzo común o la dificultad de una sombra traumática, en elementos libres que pueden unirse ahora a los nuevos reclamos de la vida, que vuelven a configurar la filiación de estas comunidades.

Estos talleres son de suma importancia para ayudar en un proceso de memoria que supera el resentimiento y la impotencia iniciales y busca, más allá de la anécdota, la restitución de la identidad y el sentido de la vida en comunidad. Hay que traer los objetos que evocan las historias y hay que traer las historias para que haya una rectificación histórica con la voz de un "yo" o de un "nosotros" que tiene la versión contundente de la experiencia. Hay que darle el justo lugar al testimonio para que aprendamos que la historia debe construirse entre muchos, y que hay un mundo vivo que ha sufrido, pero que a través de estas iniciativas muestra su capacidad de recapitular y crear, y atestigua en cada momento y cada cosa el sentido de su resistencia.

Agradecimientos

El Centro Nacional de Memoria Histórica agradece a las comunidades de Las Brisas y Tabaco, quienes con su perseverancia, amor y resistencia, hicieron posible la realización de este proyecto. A los líderes y artistas Rafael Posso y Rogelio Ustate por su entrega, inspiración y la mística profunda que entregaron a cada una de sus creaciones, porque ellas son ejemplo de la memoria viva.

Al equipo profesional de artistas del proyecto *Impreso en la Memoria*, por su dedicación y compromiso ineludible con las víctimas y sus procesos de memoria.

Autores e ilustradores:

Comunidad de Las Brisas

Etelinda Rosa García Rodríguez, Martha Cecilia Posso García, Liliana Judit Posso García, Yiseth Marcela Escalante Posso, Any Fernanda Escalante Posso, José Alfredo Posso Posso, Neris Saenz Monroy, Alfonso Mercado García, Rita Mercedes Castellar, Ana Lucia del Villar Contreras, Adriano Yepes Rodríguez, Leonardo Sierra Rodríguez, Juan Antonio Yépez Mercado, Ariel Eduardo García Ledezma, Víctor del Villar Contreras, Antonio Joaquín Yepes Rodríguez, Federico Contreras Serrano, Oscar Barrios Lobelo, Julio Cesar Mercado García, Demetrio Barrios Martínez, Alfredo Mercado Tapia, Heillen Margarita Mercado Pérez, Rafael Gustavo Posso Parra.

Comunidad de Tabaco

Miguel Medina, Elodia Arregocés, Myriam Daza, Tulia Pereira, Edelcis Arregocés, Claris Carrillo, Elvis Arregoces, Holber Ustate, Brayan Ponce, Daileth Mindiola, Norvis Carrillo, Yefer Rivero, Elesnis Carrillo, Aracely Botello, Inés Pérez, Euclides Gil, Argenida Arregoces, Emilio Pérez, Liliana Pérez, Maria José Figueroa, Yaneris Carrillo, Darlis Mindiola, Yeimar Arregocés, Miguel Ángel Medina, Samuel Arregoces, Rogelio Ustate, Samuel Arregoces, Anyelo Pereira, Sonia Fonseca, Katia Ustate, Noris Carranza, Yeimar Arregocés y Eni Gil.

Del ñame espino al calabazo *Objetos que despiertan memorias*, recopila las experiencias resultantes del trabajo desarrollado en el proyecto Impreso en la memoria, liderado por la Coordinación de Prácticas Artísticas y Culturales de la dirección del Museo Nacional de la Memoria del Centro Nacional de Memoria Histórica-CNMH. Con este proyecto se busca fortalecer y articular los procesos colectivos de reconstrucción de la memoria a través de prácticas artísticas y culturales en las comunidades de Las Brisas (departamento de Bolívar) y Tabaco (departamento de La Guajira). Las acciones pretenden aportar a los procesos de reparación simbólica, dignificación de las víctimas, contribución a la verdad histórica y a la no repetición, a partir de las formas y contenidos propios de las iniciativas de memoria territoriales.



DPS Departamento
para la Prosperidad
Social

